

UNA ESTRELLA CON PROBLEMAS

mikky roberts

Peter respondió con un gruñido al saludo del ascensorista y recorrió el largo pasillo hasta detenerse ante una puerta en cuyo centro una pequeña placa de latón pulido informaba:

Peter Brandon

Artist Agent

Metió el llavín en la cerradura y empujó la puerta. El perfume que percibió le pareció familiar. Era el de Dodó Evans, la *pin-up* número uno de Hollywood, un cuerpo que le había dado a ganar más dinero que el de todas sus representadas anteriores juntas. Entre ellas no habían faltado rubias ni pelirrojas, pero Dodó había sida especial: cinco películas en el año anterior era mucho más de lo que ella, y él mismo, podían haber soñado nunca. Cierto que él, Peter Brandon, había sabido lanzarla al mundo del espectáculo, pero no era menos cierto que Dodó Evans era un ejemplar fuera de serie, una mujer hermosa con personalidad: ahí radicaba la razón del éxito.



Mikky Roberts

Una estrella con problemas

Bolsilibros - Servicio Secreto - 651

ePub r1.0
LDS 12.10.17

Título original: *Una estrella con problemas*
Mikky Roberts, 1963
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



CAPÍTULO PRIMERO

Peter respondió con un gruñido al saludo del ascensorista y recorrió el largo pasillo hasta detenerse ante una puerta en cuyo centro una pequeña placa de latón pulido informaba:

Peter Brandon

Artist Agent

Metió el llavín en la cerradura y empujó la puerta. El perfume que percibió le pareció familiar. Era el de Dodó Evans, la *pin-up* número uno de Hollywood, un cuerpo que le había dado a ganar más dinero que el de todas sus representadas anteriores juntas. Entre ellas no habían faltado rubias ni pelirrojas, pero Dodó había sida especial: cinco películas en el año anterior era mucho más de lo que ella, y él mismo, podían haber soñado nunca. Cierto que él, Peter Brandon, había sabido lanzarla al mundo del espectáculo, pero no era menos cierto que Dodó Evans era un ejemplar fuera de serie, una mujer hermosa con personalidad: ahí radicaba la razón del éxito.

Pero todo había terminado, de momento al menos. Dodó iba a casarse al día siguiente con Nelson Allen, diez millones de dólares de «algo» en Texas. La oferta superaba con mucho todo lo que el propio Peter podía prometer.

Cerró la puerta y volvió a aspirar el perfume. Era grato sentirlo cuando ella tardaría mucho en volver por allá. Aquellos tres años habían pasado como un sueño y Peter, en el fondo era un sentimental.

Tiró el sombrero sobre el sofá del recibidor y empujó la puerta del *living*. Vio el ascua del cigarrillo antes de encender la luz, pero ya su mano, mecánicamente, había pulsado el interruptor.

La estancia se despejó, en parte, de sombras con la luz de las lámparas discretamente distribuidas, con un gesto sobrio y certero.

Dodó le miró desde las profundidades del sofá de piel blanca. Fumaba ansiosamente y en sus ojos había un brillo especial. Tenía cruzadas las piernas y la falda se había deslizado demasiado hacia arriba. Peter suspiró al verlas, no definitivamente acostumbrado.

—¿Tú aquí?

Alzó ella la cabeza y esbozó una sonrisa no deliberadamente seductora.

—Mañana me caso, ¿sabes?

—Sí; tengo el proyecto de acudir a la ceremonia… si me dices dónde se celebra. Lo has llevado todo muy en secreto para impedir que se enteren los periodistas. ¿Es por eso que has venido?

—No; quería despedirme.

Peter abrió el armario-bar y preparó un combinado favorito de ambos. Con los altos vasos cargados de hielo y alcohol se encaminó al sofá.

—No es normal que la novia se entreviste con su antiguo amigo la víspera de la boda —bromeó—. Por tu felicidad.

—Gracias, Peter —bebió ella casi la totalidad del fuego helado—. Eres demasiado bueno.

—¿Sí?

—¿No te sientas? —Golpeó con la mano que sostenía el cigarrillo el sitio vacante a su lado—. Cualquiera en tu caso se hubiera indignado. No mirándolo en el aspecto sentimental, tan sólo, sino en el económico. Durante una temporada no trabajaré, y no podrás cobrar tus comisiones.

Peter se situó junto a ella. Sólo entonces se dio cuenta de que había bebido con abundancia mientras le aguardaba. En la mesita había un vaso y una botella de *whisky* de la que faltaban varios dobles.

—Me importa tu seguridad.

—¿Por qué no te has opuesto a mi boda?

—No tenía derecho. Nelson no es desagradable; incluso, mirándolo con benevolencia hasta podría resultar interesante. Tiene

el defecto de ser tejano, es decir, presuntuoso, pero su cuenta corriente lo justifica.

—¡Hubiera sido mucho más fácil que tú y yo hubiéramos reñido!

—Quizá esa haya sido mi venganza.

Dodó le cogió una oreja, rabiosamente, clavándole las rojas uñas.

—A veces te odio.

Peter se retiró cuando los gordezuelos labios estuvieron muy próximos.

—Mañana vas a casarte.

—Oh, sí.

Se recostó en los almohadones, extinguida su vehemencia anterior. Volvió a fumar, hasta quedarse sin aliento. Luego buscó en su bolso algo y lo tendió a Peter. Era una llave colgando de un amuleto de platino.

—Quería devolverte la llave de aquí.

La recogió él y la sostuvo en sus manos, sopesándola.

—No me va a resultar fácil encontrar a quién dársela. Dodó se tornó agresiva.

—¡Es de mal gusto decirme eso a mí, *ahora*! —chilló.

—Perdona. No pensé que pudiera afectarte.

De pronto ella le abrazó con fuerza hasta hacerle daño y le besó en los labios.

—Te estás preguntando si estoy loca —exclamó cuando se apartó.

—Sí.

—¡Al menos podrías disimular tus pensamientos! —protestó—. ¿Es que no comprendes que estoy a punto de llorar?

—La culpa la tiene el alcohol —dictaminó él, apartando la botella y los vasos—. Siempre te ha ocurrido igual. Una ducha fría y unas sales pondrán las cosas en su debido lugar.

—¡Siempre tan eficiente! Peter Brandon, el agente ideal: soluciona todos los problemas y sabe obtener las mejores condiciones en los contratos.

—¡Lástima que no posea diez millones! —ironizó él.

Saltó Dodó y se puso en pie, maldiciéndole pintorescamente. Era alta y sus caderas eran firmes y turgentes. La corta y ceñida falda lo pregonaba, y la sencilla blusa revelaba la juventud de sus líneas.

—¡Vete al infierno, Peter! No debí haber venido.

—No; eso es cierto.

Indignada cogió el bolso y caminó hacia la puerta, pisando con violencia. Pero era cierto que había bebido demasiado y su alto tacón se enredó en la gruesa alfombra. Exhaló un corlo grito y abrió los brazos para mantener el equilibrio.

Peter la recogió a tiempo, recibiéndola en sus brazos, sin permitir que se lastimara. Por un momento, ella forcejeó para apartarlo, todavía enfadada, pero su agente la acarició. Mansa, cerró los ojos y Peter la beso largamente, en los labios, en los ojos, en la frente, con mimo.

—¿Qué te ocurre?

—Nada, oh, nada.

Lloraba. Desmadejada volvió al sofá.

—No puedes ocultarme las cosas, Dodó. Recuerda: yo lo he sido todo para ti. Te descubrí en la antesala de aquel agente teatral cuando aguardabas turno para encontrar un papelucho que te permitiera comprar un par de bocadillos al día y media botella de leche. Yo te saqué de allí y a los cinco meses tuviste tu primera película, Al año, medio mundo te conocía por las fotos que yo había ordenado que te hicieran, y la temporada pasada rodaste cinco películas con papeles estelares. Siempre he cuidado de ti. Para bien o para mal, me has tenido a tu lado en todos los momentos de tu vida, y así será… hasta que Nelson ocupe mi puesto. ¿De acuerdo?

El rimmel se había disuelto con las lágrimas y Dodó luchaba por contener aquella destrucción de su maquillaje.

—He aprendido que cuando dices «¿de acuerdo?» debo responder con un «sí».

—En ese caso, dime lo que te apena.

—Tú lo has dicho: bebí en exceso.

—No; hay algo más. Tampoco es que sientas dejarme. Sí; ya sé que me quieres, al menos un poco, pero puedes prescindir muy bien de mí y la prueba es que has resuelto casarte con Nelson, no te lo reprocho. Estoy seguro de que te conviene. Pero has vuelto a mi apartamiento, Dodó, y eso quiere decir que estás en un apuro, que te acosa un problema y que nadie, excepto yo, puede ayudarte. ¿Me equivoco?

—No.

Parecía haberse serenado o trataba de aparentarlo, al menos.

Peter la cogió de los hombros. Luego, con firmeza, le empujó la barbilla hasta que encontró sus ojos verdes. La miró durante unos instantes, desnudando su alma. En el fondo de las pupilas de felino había un poso turbio, una zozobra que no pudo disimular.

Ella se mordió los labios y luego le abrazó, refugiándose en su pecho. Peter aguardó, dándole suaves golpecitos en la tersa espalda. Sabía que ella necesitaba sosiego para desvelar su secreto.

—He recibido… un anónimo.

—¿Sí?

—Un chantaje.

Peter continuó acariciándola en silencio, alentándola con su serenidad.

—Hay algo en mi vida que no te conté… porque no lo creí importante. Pertenecía a otra época, triste y desgraciada. A partir del momento en que me tomaste bajo tu cuidado todo fue hermoso y procuré enterrar el pasado.

—¿Otro hombre? Asintió Dodó.

—Fue hace cuatro años; aún no era mayor de edad. Yo soñaba con ser estrella y… conocí a un ayudante de dirección. Nos casamos.

Peter la apartó de su lado y la miró. Estaba muy pálida y, pasado el efecto del alcohol, había perdido su energía anterior.

—El matrimonio duró poco: justo la luna de miel. Estuvimos en Santa Mónica y allí me dejó por un par de días porque tenía que ir a los estudios por algún asunto. La próxima noticia que tuve de él fue una crónica de sucesos referente a un accidente en el que había muerto Dick Purcell, mi marido.

El suspiro de Peter fue significativo.

—¿Y el chantaje?

—El anónimo me dice que Dick está vivo; el muerto fue alguien que él llevaba en su coche, y Dick perdió la memoria. Si no pago cincuenta mil dólares hoy mismo, Dick se presentará mañana en la ceremonia y arruinará la boda. ¿Te imaginas lo que eso significa?

Peter se incorporó y encendió un cigarrillo.

—¿Y querías marcharte sin contármelo?

—Me faltó valor.

—¿Qué pensabas hacer?

—No lo sé. Primero decidí pagar, pero… eso hubiera sido tanto como condenarme para toda la vida.

—¡Valiente idea! ¡Una amenaza de bigamia para el resto de tus días! El chantajista te hubiera destrozado.

Estaba indignado. Dodó fue hasta él.

—Por favor, no te enfades conmigo.

La miró con piedad. Realmente, tenía que hacer algo por ella.

—¿Tienes alguna prueba de que lo que dicen los anónimos es cierto?

—No. Incluso poseo un certificado de la defunción de Dick. Tuve que sacarlo para la boda con Nelson. ¿No es eso suficiente?

—Sabes que no, pues no dudarías. Cualquier abogado le solucionaría a Dick ese problema basándose en la amnesia.

Dodó suspiró.

—¿Qué debo hacer, Peter?

—¿Lo sabe Nelson?

—¡No! —exclamó—. Serviría para ahuyentarlo.

—Tienes razón. Supongo que eso le enfriaría bastante los ánimos.

—Y, sin embargo, creo que tendré que renunciar, ¿verdad?

—No por completo.

—¿Quieres decir que hay una solución? —Su entusiasmo se cortó de pronto al advertir su poca delicadeza—: Perdona, temo que no soy tan generosa como tú. Otro, en tu lugar, aprovecharía la oportunidad para cortar lo de Nelson y seguir firmando contratos…

—Sí; es posible que sucediera lo que dices. Desde que nací he sido tonto —concluyó Dodó quiso abrazarlo, pero Peter volvió al armario-bar y se preparó otro combinado.

—Debes retrasar esa boda, por supuesto. Luego haré unas indagaciones para averiguar el paradero de Dick…, si es cierto que vive. Una vez sabido esto, tu abogado tramitará un divorcio… y a la puerta del Juzgado podrá esperarte Nelson.

—¡Eres maravilloso, Peter!

Los rojos labios le alcanzaron antes de que pudiera responder. Dodó había recobrado su vitalidad y entusiasmo.

CAPÍTULO II

Peter se reclinó en la butaca y lanzó una bocanada de humo.

—Eso es todo, Arthur. Ya sé que no es mucho, pero un detective que acostumbra a pasar minutas como las tuyas forzosamente debe justificarlas.

Arthur Lewis echó una ojeada a los anónimos y revisó los matasellos de los sobres que los habían contenido. Por último miró la foto de Dick Purcell que Brandon había obtenido de Dodó.

—Fueron puestas en el correo aquí mismo, en Los Ángeles.

—Ya me di cuenta —corroboró Peter—. Eso quiere decir que el marido de Dodó reside aquí, ¿no?

—Es una posibilidad.

—No necesito recordarte que debes guardar absoluto silencio. Una indiscreción y un puñado de periodistas airearía la noticia. Ya sabes que Hollywood no es lo que era: ya no se lleva el escándalo. Las productoras han comprobado que las masas retiran su afecto de las estrellas complicadas en turbias historias. Pasamos por una era de puritanismo, y un asunto como éste bastaría para arruinar la carrera de Dodó.

—Me hago cargo. ¿Cuál es tu interés en esto, Peter?

—Quiero ayudarla.

—¿Hasta dónde? Siempre había supuesto que la amabas.

—Eso no importa. —Peter volvió a chupar el cigarrillo—. Ella tiene derecho a elegir.

—Y ha preferido los millones de ese tejano.

—El corazón de las estrellas está hecho de vanidad y de oro.

—Eres un caballero, Peter.

—Un tonto más bien. ¿Podrás obtener resultados rápidos?

—Lo intentaré. ¿Qué debo hacer cuando lo haya localizado?

—Nada; avísame. Me bastará con que me des su nombre actual y su dirección. El resto correrá de mi cuenta.

—No irás a meterte en un lío, ¿verdad? Peter rió.

—No temas; mi devoción por Dodó no llega hasta el extremo de matar a Dick para que ella sea feliz —se incorporó y su complexión robusta se puso de manifiesto—. Date prisa, Arthur.

—Confía en mí y… suerte. Dodó vale la pena de luchar por ella.

Peter abandonó la oficina de su amigo y salió a la calle. La mañana se presentaba cálida. Por el momento había una fresca brisa deslizándose perezosamente por las enormes avenidas de Los Ángeles, pero en cuanto el sol escalase el firmamento la ciudad se haría insoportable.

Entró en su coche y rodando suavemente se dirigió a la terraza del «Esturión», sobre la mejor piscina de la ciudad. El hotel tenía fama por reunir entre sus clientes a las primeras figuras de Hollywood.

Peter se cambió de ropa en una de las cabinas y con un *short* celeste salió al recinto de la piscina. Directamente fue al bar situado bajo un fresco emparrado y se encaramó a una de las banquetas. El camarero acudió solícito al reconocerle.

—¿Cómo le va, señor Brandon? Hace tiempo que no le veíamos por aquí.

—Estuve ocupado, Phil. Lo de siempre.

La ginebra con hielo era lo mejor para entonar el estómago.

Distraídamente miró a la piscina y al césped que la rodeaba. Las bellezas iban de un lado a otro, contoneándose dentro de bikinis escalofriantes. No había ninguna estrella. Todas las bañistas formaban parte de esa legión incontable de chicas que aspiran a que alguien se fije en ellas alguna vez. Peter las observó aburridamente. De entre ellas tendría que elegir su próxima estrella, alguien como Dodó, explosiva pero personalísima, capaz de provocar en millones de espectadores una corriente de simpatía y de ansiedad.

—¡Peter, tú por aquí!

Recibió un manotazo en la curtida espalda y se volvió. Edwin Forrest firmaba la columna de cine del *Los Ángeles Chronicle* y era notorio que lo que más le entusiasmaba del séptimo arte eran las principiantas, con tal de que fueran jóvenes y tuvieran determinadas medidas. Ya no era joven y el pelo empezaba a

escasearle, pero su entusiasmo no decaía por ello. Tras él, pero sin despegarse unos centímetros, estaba una pelirroja de rostro aniñado y ojos maliciosos.

—Creo que no os he presentado —empezó Forrest—. Ésta es Lydia Powers, una futura estrella. A él ya le conoces, ¿no Lyda?

En la mirada femenina leyó Peter una expresión aprobadora, como si él hubiera salido airoso del examen.

—Había oído hablar mucho de usted, señor Brandon —susurró ella.

—Encantado.

—Peter, ¿no crees que podría hacerse de Lydia una gran figura?

—Sin duda alguna —asintió cortésmente.

—¿Lo ves, nena? ¡Te dije que Peter daría su aprobación! Él nunca se equivoca. Mañana mismo lanzaré la noticia de que el gran Brandon ha hecho un nuevo y sensacional descubrimiento que…

Peter alzó una mano.

—Un momento, Edwin. Por tu entusiasmo creo entender que supones que yo he aceptado ser agente de…, ¿cómo dijiste que se llama?

La pelirroja frunció los labios coléricamente por el tono desdeñoso de Brandon y sus ojos lanzaron chispitas.

—Lyda Powers. Oye, no irás a negarte.

—Es justo lo que trato de que comprendas. He tenido un año muy duro, Edwin, y necesito descanso, verdadero descanso. En una temporada no pienso ocuparme del cine. Mucha suerte.

Se alejó, no sin ames comprender la expresión de los ojos de la pelirroja. Ellos parecían preguntarle si ambos no podían comprenderse mejor.

Peter llegó al borde de la piscina y con un ágil y airoso salto se sumergió en el agua. Buceó unos instantes y luego emergió a la superficie. Su brazada fácil le llevó en un instante al lado opuesto de la piscina, por entre varias sirenas que rieron al verle. Volvió en sentido opuesto, descansó dejándose mecer por la acariciadora agua y realizó varios ejercicios. Por fin emergió chorreando agua.

Al encaramarse al borde de la piscina y erguirse sobre los mosaicos de colores casi tropezó con un hombre alto, estirado, de pelo rojizo y rostro curtido por el sol. Tenía toda la apariencia de un agricultor, pero vestía demasiado bien para serlo.

—Supuse que te encontraría aquí —gruñó Nelson Allen.

—¿Algo urgente?

—Sí; iba a casarme hoy.

—Lo sé.

—Pero Dodó se negó esta mañana.

—También lo sé.

—Esto es más de lo que puedo soportar.

—Ella habrá tenido sus motivos.

—No me los ha dicho, pero supongo que detrás de todo esto estás tú.

—¿Has venido para pelear, Nelson?

—Nunca he soportado que nadie estorbe mis planes.

Al tiempo que lo decía lanzó su puño hacia adelante, al encuentro de la barbilla de Peter. Una mujer gritó muy cerca. El puño creció de tamaño alarmantemente, pero Brandon interpuso el brazo a tiempo, bloqueó el golpe, y lanzó un derechazo al mentón de Nelson Allen que restalló como un disparo.

El tejano retrocedió dos pasos, resbaló en las losas humedecidas y cayó a la piscina. Manoteó en el agua sin dejar de proferir maldiciones y Peter le volvió la espalda para regresar al bar.

Phil exclamó al verle.

—¡Qué puño, señor Brandon!

Éste alargó la mano para coger el vaso con su ginebra y la paladeó. Lyda surgió a su lado, dentro de sus dos piezas de inquietante inestabilidad.

—No ha sido usted muy correcto antes.

Peter siguió bebiendo lentamente, mientras la miraba. Lyda resultaba extraña. No era posible que un hombre listo se fiara jamás de ella. Claro que poseía tipo de atributos naturales que pueden hacer de un sabio un imbécil.

—¿Y Edwin?

—Oh, le dejé por ahí; me resulta insoportable.

—¿Por qué le aguanta, en ese caso?

—Es un primer peldaño.

—Entiendo; pero va a cansarse de subir escaleras si quiere llegar a donde imagino.

—Hay escalones que me agradan mucho.

Definitivamente, Lyda sabía cómo abrirse camino en la fauna de

Hollywood.

—¿Quiere beber algo?

—Lo estaba esperando hace mucho rato. Sólo jugo de frutas: para el cutis.

Phil miró dubitativamente a Brandon, como si no le agradara mucho la compañía en que estaba, pero sirvió el jugo. Lyda se encaramó a otro taburete con una técnica muy curiosa que consistía en hacer lo posible por caerse. Con aire aburrido Peter siguió sus manipulaciones hasta que consiguió estabilizarse.

—¿Ha actuado alguna vez ante las cámaras?

—Oh, sí, varias pruebas.

—No me refería a eso. ¿Ningún contrato?

—Todavía no —suspiró—. A las principiantes se nos exige mucho más que a las consagradas: tenemos que ser jóvenes, poseer buen tipo, saber cantar, ser actrices y, sobre todo, contar con algún financiero que afronte los riesgos. En cambio, las otras son feas, viejas, están anticuadas y si cantan deshacen los micrófonos…

—Pero tienen un nombre. Eso es lo más importante. Millones de espectadores en todo el mundo pagarían una localidad por ver una película de Greta Garbo actual, sin su juventud ni su belleza de antaño. Irían atraídos solamente por su nombre mágico. En cambio, a Lyda Powers no la conoce, posiblemente, ni su propia familia, pues ése no es su verdadero nombre, ¿verdad?

—No —otra vez la mirada de la pelirroja era un puñado de chispas—. Y no puede decirse que sea usted muy cortés.

—Las estrellas que yo he representado han sabido siempre olvidarse de sus poses afectadas en mi presencia…

Ella descendió del taburete.

—Lamento haberle conocido. Peter rió.

—No subirá usted esa escalera si no mejora de genio. Mis recuerdos al primer peldaño. Lyda se alejó con furioso balanceo de caderas. Peter se olvidó de ella y miró a la piscina. Nelson Allen ya había salido del agua al parecer, pues no se le veía. El camarero se inclinó por encima del mostrador para decirle:

—Esa chica… tenga cuidado con ella.

—¿Qué dices, Phil?

—Es demasiado ambiciosa.

—¿Qué sabes de ella?

—Se la ve mucho por aquí. Se valió de artimañas para conseguir unas pruebas. Complicó a un fotógrafo y luego le amenazó con hablarle a su mujer si no le hacía unas tomas…

—Gracias, Phil. Es milagroso cómo te enteras de las cosas. Cárgalo a mi cuenta —indicó señalando las consumiciones.

Mientras se alejaba del bar en dirección a los vestuarios, no pudo dejar de pensar en Lyda y en los motivos que habría tenido para asediarle.

CAPÍTULO III

Estaba viendo un corto cómico en la televisión cuando sonó el teléfono. Por fortuna lo tenía al alcance de la mano y sólo necesitó alargar el brazo para descolgarlo.

—¿Peter? —La voz de Arthur Lewis gangueó al otro lado de la línea—. Tengo noticias para ti.

—¿Tan rápidas?

—Ahórrate los elogios y limítate a pagar la minuta sin rechistar cuando te la presente. Encontré a tu hombre.

—¿Dónde?

—Aquí, en el lado sur. Calle Frisco, 17. Ahora se llama Don Taylor.

—¿Cómo lo has averiguado?

—Consulté los archivos de la policía en lo referente al accidente y vi que identificaron el cadáver sólo porque conducía el coche, ya que todo él estaba carbonizado. Eso parecía coincidir con la versión de los anónimos. Luego, mis hombres y yo investigamos en los hospitales y clínicas de urgencia si en ese día hubo algún herido. Por último, buscamos los amnésicos declarados en los días posteriores. Hubo uno que me llamó la atención y seguí la pista. Ha sido un trabajo extraordinario que ya me encargaré de que pagues convenientemente.

—Estás muy materializado, Arthur. Gracias de todas formas.

—¿Precisas algo más?

—No. ¿Por qué cambió de nombre?

—No le he interrogado. Me he limitado a comprobar que su rostro coincide con la foto de Dick Purcell que me has dado.

—Buenas noches.

Apagó la televisión y abandonó la comodidad de la butaca. Tras

cambiarse de ropa, abandonó el apartamiento y fue al garaje a por su coche.

Una leve brisa se había levantado trayendo el olor salobre del mar. Por las abiertas ventanillas circulaba el fresco aire recompensándole por su decisión de abandonar el cómodo rincón de su apartamiento.

Le costó más de una hora hallar la calle Frisco y para ello tuvo que auxiliarse con un plano de la enorme ciudad. Como había dicho Lewis estaba situada en el lado sur, en la parte vieja. El diecisiete era una casa con jardín; una y otro estaban igualmente descuidados. Peter cruzó el sendero y llegó a la puerta. Del marco colgaba una cadena herrumbrosa que agitó con violencia. Una luz se encendió dentro y luego oyó el sonido de unos pasos.

La puerta se abrió al fin. Bajo el dintel apareció un individuo alto y no mal parecido que llevaba unos pantalones de gabardina y una camisa de polo color granate. Peter le identificó al instante por las fotos que Dodó le había enseñado después de su reveladora confesión. Estaba ante Dick Purcell y éste debía conocerle también porque en sus ojos hubo un parpadeo asustado.

—Un poco tarde para ir de visita, ¿no cree?

—No, si se trata de encontrar a alguien al que se creía muerto. ¿No va a invitarme a entrar, señor Purcell?

Éste apretó los labios.

—Se equivoca, amigo, y ahora lárguese.

Pero Brandon puso una mano en la puerta y empujó. Purcell retrocedió ante la firmeza del muchacho no sin iniciar una airada protesta.

—Es mucho mejor para todos que hablemos, Purcell. Hay unas cartas que le interesarían a la policía.

El otro cerró la puerta y le hizo pasar a una sala no muy bien amueblada, que estaba en franca oposición con la categoría profesional de Purcell.

—¿Quién es usted?

—Creo que ya lo sabe. No obstante le diré que soy el agente de Dodó.

—¿Le ha enviado ella?

—Ignora que he venido.

—¿Cómo me ha encontrado?

—El dinero hace maravillas, amigo. Pagué lo suficiente para que lo hallasen.

—¿Qué quiere de mí?

—Usted ha escrito unas cartas —siguió Peter Brandon sin hacerle caso—. Con ellas ha tratado de hacerle chantaje a Dodó.

—¿Qué tonterías son ésas? ¡No puede probarlo!

Peter sacó una de las cartas de su bolsillo y la ofreció a Purcell.

—¿Niega que ésta es su letra?

El marido de Dodó la cogió y se limitó a echarle una ojeada.

—¡Claro que no lo es! —respondió, abrupto, devolviéndosela. Brandon la guardó cuidadosamente y luego suspiró.

—La policía opinará lo contrario.

—¡Nunca podrán demostrar que yo las escribí…!

—¿Olvida sus huellas digitales?

—No tienen.

Peter lanzó una risita.

—Es usted tonto. Acaba de marcarlas. Purcell masculló una maldición.

—¡Condenado tramposo…!

Se precipitó sobre él, violentamente, pero Brandon alargó la izquierda y golpeó el mentón de Purcell antes de que éste pudiera alcanzarle. El impacto no fue demasiado duro, pero bastó para diluir la cólera de su oponente.

Cayó éste en un vetusto sofá y desde allí jadeó:

—¿Qué… quiere de mí?

—Antes de seguir hablando recuerde esto, Purcell: si voy a la policía con esta carta estará usted encerrado antes de una hora. ¿Y sabe lo que les hacen a los chantajistas?

Bajó el otro la cabeza.

—Está bien, diga lo que sea de una vez.

—Eso está mejor. Celebro que haya reflexionado —encendió un cigarrillo y lanzó una bocanada de humo hacia el techo—. Olvídese de sus propósitos de interferirse en la vida de Dodó.

—¿Qué es lo que pretende? ¿Va a permitir que ella cometa un delito de bigamia, sólo por cazar a ese millonario?

—No soy tan estúpido. Usted dejará de ser un estorbo para ella en breve. El divorcio es factible.

—¿Cómo va a lograrlo?

—Si es preciso utilizaré esta carta con sus huellas.

Purcell masculló un insulto y pareció que iba a lanzarse sobre Peter, pero debió recordar la contundencia de sus puños y se limitó a ponerse en pie.

—¿Por qué no llegamos a un arreglo? —sonrió malignamente—. A Dodó le sobra el dinero y… yo sigo siendo su marido. Hágame una oferta y firmaré el consentimiento para la separación. No me pague hasta que haya firmado: ya ve que juego limpio.

—De eso estoy seguro, esta carta con sus huellas me lo garantizan.

—Ahora es usted el que me hace chantaje.

—¿Sí? Creo estar jugando con sus mismas armas… —retrocedió hacia la puerta y anunció—: Recibirá a un abogado. Purcell. Procure no poner dificultades a la acción legal.

El aludido apretó los puños.

—Lárguese. No le va a resultar tan fácil desprenderse de mí.

Brandon, sin dejar de sonreír, retrocedió en dirección a la puerta. Estaba satisfecho por haber hallado una solución tan rápidamente al problema de Dodó. Alargó la mano para coger el picaporte, pero oyó un ruido a su espalda.

—¡Dale fuerte! —chilló Purcell.

Se volvió Brandon para impedir el ataque, pero algo muy duro cayó sobre su cabeza. Con un grito de triunfo, Dick Purcell se abalanzó sobre él y le golpeó rabiosamente hasta hacerle caer. Pero su intervención era ya innecesaria porque el golpe recibido en la cabeza había sumido a Brandon en la inconsciencia.

* * *

Tenía la sensación de que le habían rellenado la boca con estropajo. Parpadeó y eso constituyó un suplicio. Peter aguardó unos instantes, respirando hondamente. Sabía que estaba en peligro, que algo iba mal pero las ideas no se unían entre sí.

Luego, como un relámpago, le vino el recuerdo de todo y se incorporó vivamente.

Gimió por el dolor. Se tocó la cabeza componiendo una mueca por el sufrimiento. Cerca de la nuca el pelo formaba una costra con la sangre seca. Al incorporarse vio que estaba en el fondo de su

propio coche y que nadie le acompañaba.

Se encaramó hasta el asiento y aquel esfuerzo le agotó por varios minutos.

A través de las ventanillas vio la carretera y las penetrantes luces de los coches que cruzaban junto a su vehículo, a toda velocidad.

Al parecer, alguien más se hallaba en la casa de Dick Purcell, y eso le había hecho perder el dominio de aquel asunto, porque resultaba ingenuo pensar que no le hubiesen quitado la carta.

Se revisó los bolsillos; efectivamente, el documento comprometedor había desaparecido. No faltaba ninguna otra cosa, ni siquiera el dinero. Se habían limitado a golpearle para apoderarse de la prueba que podría conducir a Purcell a presidio.

Se maldijo por su falta de previsión, pero ya no tenía remedio.

Miró la hora; pasaba de la media noche. Ignoraba la carretera en la que le habían dejado, pero se incorporó a la corriente de vehículos en la seguridad de que éstos le llevarían a la ciudad.

Conducía despacio, porque no se hallaba recuperado por completo. Pronto vio las luces de Los Ángeles cada vez más abundantes y reconoció el lugar. Estaba cerca de la casa de Dodó. Sin vacilar, sorteó los vehículos y se internó por una larga avenida que no parecía tener fin. A ambos lados, blancas casitas de exquisito gusto pregonaban la cuenta corriente de sus propietarios. Cada una poseía un jardín, tanto mayor cuanto más elevada era la posición social de sus habitantes.

Se detuvo al fin delante de una verja de hierro forjado. En la casa no había luz, salvo un farol en el porche.

Empujó la puerta cancela y recorrió el sendero de grandes losas de granito, por entre las cuales crecía el césped. Una vez en el porche llamó en el pulsador, que desgranó un acorde musical.

Tuvo que repetir la llamada por dos veces antes de que a través de la mirilla viera luz.

Luego, la puerta se abrió.

—¡Peter! ¿Tú aquí?

Dodó apenas había tenido habilidad para cruzarse el salto de cama. Estaba soñolienta, pero al verle pareció despejarse súbitamente.

—¿Puedo pasar, Dodó?

—Por supuesto —se apartó y permitió que él entrara—. Hoy es el día que sale el servicio. No tengo ahora más que una doncella y su madre está enferma: creo que ha ido a cuidarla. Pero… ¿qué tienes? ¡Es sangre!

Le hizo volverse y exhaló un gemido al ver la cabeza del muchacho.

—¿Qué te ha ocurrido? —insistió, nerviosamente.

—Nada de importancia. Estuve hablando con Dick. Dodó tiró de su brazo.

—Te curaré antes de que empieces a contármelo.

Le arrastró hasta el piso superior y le hizo entrar en su dormitorio. Dos pantallas rosas difundían una luz pastel por la estancia. El lecho estaba abierto y las sábanas mostraban todavía la huella del cuerpo femenino.

—Siéntate.

Le obligó a hacerlo en una calzadora tapizada con el mismo género que las cortinas y ella pasó al cuarto de baño de donde trajo lo necesario para limpiarle la herida.

—Encontré a Dick. Puse a un detective a investigar y no le fue difícil hallar su rastro.

—¿Habéis peleado?

—Alguien me golpeó al salir. Me sorprendió. Yo pensé que vivía solo.

—¿Te habló de mí?

—Sólo quería dinero, pero yo le persuadí de que le convenía no poner dificultades. Y le contó el desarrollo de la entrevista.

Terminó al mismo tiempo que Dodó pegaba el último esparadrapo.

—¿No hubiera sido más cómodo pagarle para terminar este asunto de una vez?

—No es mi técnica para tratar con un chantajista aunque él sea Dick. Por eso le tendí aquella trampa. Con esa carta y sus huellas hubiera estado más manso que un cordero, pero así…

—¿Crees que no accederá a la separación?

—Puede retrasar el asunto.

Ella devolvió las cosas al cuarto de baño y regresó.

—Te estoy muy agradecida. Peter —susurró.

Se sentó frente a él y no fue intencionado que se deslizara la

prenda que la cubría hasta mostrar las piernas.

—Has hecho mucho más de lo que podía esperar.

—Al menos he impedido que te extorsionara. ¿Qué piensas hacer?

—No lo sé aún.

—Nelson está enfurecido. Fue a buscarme al «Esturión».

—Me lo dijo. No te guardo rencor por haberle amoratado la barbilla. Es muy impulsivo.

—¿Qué explicación le diste?

—Ninguna. Un capricho.

—¿Lo soportará él?

—Está como loco.

Peter se retrepó en el asiento.

—Puedes decir que está enamorado.

—Oh, sí —avanzó el busto hacia él—. ¿Te parezco una mujer sin corazón? —preguntó con acento íntimo.

—¿Por qué? Simplemente, eres una estrella. Eso justifica muchas cosas.

—A veces me miras de una forma extraña. Resulta que sigo estando casada, y sin embargo, no siento el menor amor por Dick. Pero no debe extrañarte, Peter. Yo era una tonta y el idilio fue brevísimo. Tú eres el único que me impide ser enteramente feliz.

Brandon se puso en pie y miró su reloj.

—Creo que debo marcharme.

Ella le abrazó y le besó en los labios. No se apartó enseguida y continuó enlazándole del cuello, mimosa.

—Nunca olvidaré lo que has hecho por mí.

—El trabajo más importante lo realizó Arthur Lewis, claro que pasará su buena minuta: ya sabes cómo es él.

Se desasió y bajó la escalera. Antes de llegar a la puerta, Dodó dijo todavía:

—Pasa a buscarme hacia el mediodía e iremos a ver al abogado.

Peter se volvió para saludarla por última vez. La luz del dormitorio hacía transparente la tenue prenda que la cubría, revelando su perfecta silueta, pero ni se detuvo y salió al jardín.

CAPÍTULO IV

A media mañana, Peter detuvo el coche delante de la casa de Dodó y descendió a la acera. Una noche de buen sueño y una ducha habían obrado maravillas. Había renovado el apósito de la cabeza, pero ésta ya no le dolía.

Se echó el sombrero hacia atrás y exhaló un suspiro satisfecho. Empujó la puerta cancela y recorrió el mismo camino que la noche anterior. Ya en el porche alargó la mano para llamar, pero la puerta se abrió antes de que alcanzara el pulsador.

No era Dodó ni su doncella, sino un hombre macizo, pesado, y con el sombrero calado.

—Éste es el último lugar donde pensaba hallarle, teniente Kenan —saludó Brandon, jovialmente—. ¿Qué hace usted por aquí? No sabía que fuera admirador de mi estrella.

—No puede decirse que haya venido en busca de un autógrafo. Peter.

—Oh, ¿por qué ha cerrado? Pensaba entrar.

—No hay nadie.

—¿Quién le dio acceso, en ese caso? Kenan le mostró un llavín.

—Esto.

La expresión del policía le alarmó.

—¿Ocurre algo, teniente? ¿Dónde está Dodó?

—¿No se ha enterado?

Peter le cogió del brazo con firmeza.

—Enterado, ¿de qué?

Kenan pasó su mirada de la presa que había hecho Brandon a los ojos de éste. El muchacho retiró la mano y sólo entonces el policía respondió:

—Dodó está con nosotros, en el Departamento. Vine para revisar

sus cosas.

—¿Qué dice? ¿Le ha ocurrido algo?

—A ella no. Pero está en un buen lío. Creo que el fiscal ya le ha autorizado para que llamase a un abogado.

—¡Por el amor de Dios! ¿Quiere decirme de qué se la acusa?

—No creo que haya inconveniente —hizo saltar el llavín en la mano y luego se lo guardó—: Ha asesinado a su marido, a Dick Purcell.

Sin otra despedida, el teniente le dejó y bajó el porche, caminando hacia la salida del jardín.

—¡Eh, Kenan! —Peter corrió tras él—. ¡Pero eso es absurdo! ¡Ella no ha hecho eso!

¿De dónde se ha sacado semejante idea? ¿Acaso ella lo ha declarado?

—Oh, no. Todos los criminales son inocentes, según sus propias protestas. Pero no creo que ningún jurado tenga problemas al respecto. Buenos días, Peter. Siento la noticia.

Pero Brandon fue tras él y acomodó su paso al del policía.

—Creía que éramos amigos, Kenan —gruñó, rabioso, mordiendo las palabras—. Pero veo que era una impresión engañosa.

Kenan se detuvo y encaróse a él.

—Escuche, Brandon. Esto es un compromiso para mí; me disgusta que me hayan encargado este caso, pero juré mi cargo y debo llevarlo hasta el final. Dodó Evans estuvo anoche en casa de Dick Purcell.

—¿Cómo lo sabe?

—Encontramos allí su bolso. Ya ve que fue demasiado fácil averiguarlo.

—¡Cualquiera pudo ponerlo allí!

—Pero no sus huellas: las marcó en todas partes. Ya ve que trabajo sobre seguro. Además, ella misma ha confesado que fue a esa casa… y no puede decirse que careciera de motivos para querer matar a Purcell: él quiso hacerle chantaje porque se enteró de que Nelson Allen y Dodó iban a casarse —le miró largamente y suspiró —: Buena suerte, Peter.

—¿Todo se lo ha dicho ella?

—Sí.

—Ha sido como un juego de niños para usted hacerla confesar,

¿verdad? ¡Y todo ese interrogatorio sin un abogado para aconsejarla!

—Ella no lo reclamó.

—Un juego muy sucio, Kenan.

—Comprendo su dolor…

—¡Váyase al infierno! —chilló Brandon—. Todas esas pruebas que usted dice poseer no sirven para nada, porque yo también estuve en el domicilio de Dick Purcell.

Si pensaba sorprender al policía no lo consiguió.

—Lo sé. Hay un testigo que vio el coche de usted aparcado delante de la casa. Es demasiado lujoso y le llamó la atención: por eso se fijó en la matrícula.

—¿Y no vio cuándo me marché?

—No.

—¿No pude matarle yo?

—Imposible; el testigo de que le hablo es dueño de un bar próximo y después de verle a usted recibió la visita de Purcell, que fue a comprarle una botella de licor. Luego le acompañó hasta la puerta y ya no vio el coche de usted.

Kenan había comprobado todos los extremos. Peter se sentía furioso contra el puntilloso policía, aunque en su fuero interno comprendía que no había hecho sino cumplir con su deber.

—Para que vea que estoy dispuesto a hacerle alguna concesión —siguió Kenan—, vaya luego por mi despacho y le dejaré entrevistarse con Dodó.

Se metió en un coche negro que le aguardaba y se alejó de allí antes de que el muchacho pudiera responder a su oferta.

Peter subió a su coche y lo condujo hasta encontrar un teléfono público. Una vez en él disco un número a gran velocidad. Por fortuna, oyó la voz que esperaba al otro lado.

—¿Arthur? Tienes que decirme algo.

—¡Peter! ¡Hace casi una hora que estoy llamándote a tu casa para decirte…!

—Acabo de enterarme.

—La policía estuvo aquí, Peter y me acosaron a preguntas.

—¿Qué les dijiste?

—Nada; pero ellos sabían lo fundamental. Dodó les dijo que anoche me sacó de la cama para preguntarme la dirección de

Purcell.

—¿Por qué se la diste? ¿No te extrañó que tuviera que preguntártelo sabiéndola yo, que estoy más próximo a ella?

Lewis gruñó algo, molesto por su torpeza.

—Sí, sí, tienes razón: ahora veo que obré mal, pero estaba adormecido y… supo contarme una historia convincente. Me dijo que tú la habías citado allá y que le habías dejado la dirección escrita en un papel, pero que sin duda la doncella lo había tirado porque no lo encontraba.

—Comprendo. ¡La muy estúpida!

—¿Crees que ella lo mató?

—Sin duda, no.

—Estoy a tu disposición, Peter. He cancelado mis compromisos para encargarme de la investigación.

—Gracias, Arthur. Investiga en la vida de Purcell y mantén el contacto con tu oficina para que pueda localizarte cuando lo necesite.

Colgó y volvió al coche. Tras el volante, fumó casi un cigarrillo completo, imaginando lo ocurrido. Después de que él fue sacado de la casa en su propio coche alguien mató a Purcell. Si Dodó llegó antes o después de cometido el crimen era cosa que sólo ella podía responder, de modo que pulsó el botón del encendido y se trasladó a la comisaría.

Kenan no le hizo esperar. El en persona llevó a Peter hasta el locutorio y allí le dejó frente a Dodó, situada al otro lado de la tela metálica que impedía el paso de objetos entre los visitantes y los detenidos.

—Peter… —Ella tenía rastros de haber llorado y se hallaba desfallecida—. Peter he sido muy tonta.

—Vaya, al fin te das cuenta —luego, comprendiendo que necesitaba comprensión y cariño añadió—: No te preocupes, yo te sacaré de ahí.

—Va a ser muy difícil —se retorcía las manos—. Wayne Morris, el abogado, ha estado aquí y me lo ha dicho.

—¡Ese bruto…!

—Me he comprometido demasiado, ya lo sé… ¿Qué va a ser de mí?

—Deja de lamentarte, Dodó. Vamos a estudiar el asunto con

serenidad y lógica. ¿Por qué fuiste a ver a Dick?

—Creí que debía hacerlo…, puesto que de pronto sabía que estaba vivo.

—¿Aunque pretendió hacerte chantaje?

—Pensé que yo podría convencerle para que no pusiera dificultades.

—¿Cómo? Me dio la impresión de no atender a más razones que las del dinero… o del miedo.

—Estaba dispuesta a pagarle. En cierto modo, él me ayudó en otra época.

—Tienes un sentido muy curioso de la fidelidad. ¿Y qué hiciste?

—Llamé a Arthur…

—Sí; eso ya lo sé —gruñó—. Una bonita forma de comportarte. ¿Viste a Dick? Dodó estaba afectada por el tono irritado de su agente.

—Cuando llegué a la puerta estaba abierta y había luz. Entré y…

—¿Lo encontraste muerto? Asintió ella.

—Y no se te ocurrió mejor cosa que llenar aquello de huellas y abandonar el bolso.

—Creo que grité. Estuve a punto de desmayarme y andando a trompicones conseguí salir y volver al coche.

—¿Y luego?

—Regresé a casa.

—Gracias por haberme llamado —recordó.

—¿No vas a perdonarme todas las tonterías que he cometido, Peter? No; no te llamé. Sabía lo que ibas a decirme, sabía que te enfurecerías por haber ido hasta allí y pensé que era mejor no decirte nada.

—Y aguardar tú sólita a que la policía te enredara en sus tretas, ¿no?

—¡Es que no me di cuenta de que había perdido el bolso! Estaba demasiado alterada para notarlo. Aún me hallaba abrumada por lo que había visto cuando la policía se presentó y me llevaron.

—¿A qué hora fuiste a casa de Dick?

—No lo sé, pero llamé a Arthur poco después de que tú te marchaste. Hacia la una, quizá. O más, no recuerdo.

—Y estaba muerto.

—Sí.

—¿Hacía mucho tiempo?

—No lo sé.

—¿No lo tocaste?

—¡No! —Sus ojos se abrieron desmesuradamente.

Peter encendió un cigarrillo y lo pasó a la muchacha por entre el tejido metálico. Luego, él encendió otro y respiró hondamente el humo.

—Estaba decidida a truncar tu carrera: por si no bastaba esa boda, tenías que estar acusada de asesina en la persona de *tu propio marido*. Los periódicos van a tirar ediciones extra durante varios días: nunca habrás tenido publicidad tan intensa… ni tan barata. Sólo que será perjudicial por completo.

Se incorporó. Dodó engarfió sus dedos a la tela metálica.

—¡Peter! ¡Peter, si sientes algo por mí…!

Lloraba. Era, en realidad, una niña desamparada, producto de su ambiente. Brandon sintió una lástima inmensa y esbozó una sonrisa. Luego besó aquellos dedos rígidamente aferrados a la barrera protectora.

—Sabes que no te abandonaré.

Fue a volverse, pero ella le detuvo un momento aún:

—Hay algo que… —Era difícil continuar—. Veo que nada vale realmente la pena, excepto…

—Ahora no, Dodó.

Sabía lo que ella sentía, tan sola, sin nadie más que él, Peter Brandon, su agente, para auxiliarla.

A la puerta del despacho de Kenan le asaltaron los periodistas, entre ellos, Edwin Forrest.

—¡Eh, Brandon! ¡Unas declaraciones…!

Los fotógrafos empezaron con sus fogonazos. Peter lanzó un puñetazo a uno que esquivó por el expeditivo procedimiento de saltar sobre varios de sus compañeros. Tres cayeron por tierra, lo cual originó una considerable confusión. El muchacho, prietos los puños, rugió:

—¡Márchense! ¡Este asunto no les importa!

Luego entró en el despacho del teniente. Éste cerró la puerta ante las narices de los reporteros.

—Otras veces no ha sido tan rudo con ellos. Peter.

El muchacho se pasó la mano por el rostro sudoroso y asintió:

—Tiene razón. Pero no soporto que se ceben en la insensatez de esa chiquilla.

—¿Cree que sólo ha sido insensatez?

—Dodó llegó a la casa de Purcell cuando él ya estaba muerto.

—Eso ha dicho, pero…

—¿Por qué no la cree?

—Ella estuvo allí y tenía motivos para matar.

—Eso es absurdo. Purcell iba a conceder el divorcio a su mujer. Hay muchas cosas turbias en esto, Kenan. ¿Por qué no investiga en la vida de la víctima? Es allí donde encontrará la pista que le conducirá al asesino.

—Tengo al asesino encerrado, Brandon. Lo siento. No puedo seguir discutiendo este asunto con usted. No me guarde rencor por ello. Todo lo que puedo hacer por usted es permitir que vea a Dodó tantas veces como lo desee.

El muchacho se dirigió a la puerta, pero Kenan le detuvo:

—No; utilice esta otra puerta, si quiere evitarse un nuevo y desagradable encuentro con la Prensa —aconsejó, señalándole una salida excusada.

Peter la siguió y se encontró en una calle lateral. Rodeó la fachada y llegó al lugar donde había aparcado su coche.

Entró en él, preocupado todavía por las palabras del policía y sólo cuando ocupó su asiento tras el volante comprobó que el asiento contiguo estaba ocupado.

CAPÍTULO V

—Reconocí su coche y decidí esperarle.

Nelson Allen le miraba con ansiedad, mostrando una expresión patética.

—¿Qué le ocurre ahora? —Casi ladró Peter. El millonario tejano se estrujó las manos.

—Está enfadado conmigo, ¿verdad? No me porté muy bien ayer, lo comprendo. Le ruego me perdone.

A Peter aquellas palabras le sonaron tan extrañamente como si a un caballo le hubiera oído cantar como una alondra.

—No tengo nada de qué perdonarle —resopló—. Al fin y al cabo usted llevó la peor parte.

Allen se frotó la barbilla.

—Soy un estúpido a veces. Estaba enfurecido por la negativa de Dodó. ¿Por qué lo haría?

—Es mejor que se lo pregunte a ella.

—No me es posible; no me dejan verla. ¿Cómo se encuentra?

—No es agradable verse encerrado ahí dentro por algo que no se ha cometido.

—¡Me gustaría hacer algo por ella!

—De momento sólo es necesario esperar; saber esperar.

—Estoy como loco sin Dodó, no sé si lo comprende. Ella… Lo es todo para mí. ¿Por qué no arregla las cosas para casamos?

—Veo que no comprende la situación, Allen. —Peter sacudió la cabeza, como si tratara de hacerle entender a un niño algo complicado—. Ella está acusada de asesinato.

—¿Y qué? Si yo me caso con ella, a pesar de todo, servirá para darle ánimos: ya no estará sola y yo podré cuidar de sus cosas.

—¿Quiere decir que hasta ahora no han ido sus asuntos bien?

Escuche, Allen, usted tiene la mentalidad típica de los millonarios que no han aprendido a ganarse los dólares que malgastan. Desde niño a usted le han acostumbrado a que todos sus caprichos fuesen satisfechos al instante. Pero en la vida real las cosas no ocurren de igual manera, aun con todos los millones. Si ama de verdad a Dodó, aguarde a que haya sido declarada inocente. Si sus arrebatos amorosos los provoca un capricho pasajero de poseer a una primera estrella del cine… vale más que cambie de ideal. Dodó necesita ayuda efectiva, no galanes egoístas. Y ahora, lárguese: está haciendo perder mí tiempo.

Las mejillas tostadas del tejano perdieron color. Sus ojos relampaguearon y la sumisión que había mostrado poco antes fue barrida por el huracán de su cólera.

—Usted acabará mal conmigo, Brandon —silabeó.

—Y usted perderá la relativa armonía de su físico si continúa amenazándome.

Allen saltó a la calzada y se alejó con paso vivo. Poco más allá tenía aparcado su coche y entró en él con una furia capaz de arrancar una portezuela al abrirla.

Peter se desentendió de él. Tenía mal sabor de boca e instintivamente se encaminó al «Esturión», como todas las mañanas.

«Esturión», como todas las mañanas.

Tenía calor, pero no estaba de humor para vestirse el bañador y salir a la piscina. Pasó por entre, los bañistas y recaló en el mostrador del bar, junto a tres adolescentes de cinturas como juncos y largas piernas tostadas por el bello sol californiano. Las tres le miraron y cuchichearon entre sí, pero no se molestó en volver la cabeza. Phil, nerviosamente, se acercó a él.

—¿Cómo siempre, señor Brandon?

Gruñó afirmativamente. El camarero se humedeció los labios y volvió a mirarle. Se le veía ansioso por hacer una pregunta que no debía parecerle prudente, pues le hacía vacilar.

—Sí, Phil.

—No le entiendo, señor.

—Lo que quieres preguntarme es cierto.

El camarero parpadeó poniéndole la ginebra.

—No podía creerlo. Alguien lo contó aquí. ¡Ah, sí, el señor Forrest, el periodista! Las tres chicas se alejaron en dirección al

trampolín y Peter se quedó solo.

—¿Conociste al marido, a Dick Purcell?

Negó el otro después de reflexionar unos instantes.

—Ese nombre… no me suena. ¿La policía cree que ha sido Dodó?

—Ella estuvo en el lugar del crimen, pero no lo cometió. Él estaba muerto para entonces.

La voz de Forrest cloqueó tras él.

—Va a resultarte difícil probarlo, ¿no crees, Peter?

—¿Eres mi amigo o no?

El columnista de «Los Ángeles Chronicle» asintió.

—Naturalmente, si me invitas a tomar algo.

—No es momento para frivolidades, Edwin. El otro se excusó:

—De todas formas, Dodó tendrá más publicidad de la que jamás hubiera podido soñar. Eso no le viene mal a una estrella.

—Tú sabes que los tiempos no son buenos para ese tipo de popularidad. Además, el asunto es serio.

—Sí. —Forrest había abandonado su aire jovial—. Pobre chica. ¿Tiene alguna posibilidad…?

—Sólo una: encontrar al verdadero asesino.

—Dudo que se consiga jamás. La policía piensa que tiene resuelto el caso y no se molestarán en buscar más.

—Pero yo sí.

Forrest se tragó el licor de golpe.

—No creí que fueras un sabueso.

—Lo seré para salvarla.

—¿No había terminado ella contigo? Eligió el matrimonio…

—Mi fidelidad llega hasta el fin: sólo así puede hacerse de una desconocida una estrella.

—Hablando de estrellas, Peter, ¿qué te pareció Lyda?

—Le queda mucho camino.

—Ayúdala. No te pesará. Te he traído esta foto de Lyda para que trabajes sobre ella —dijo ofreciéndosela.

—No me hables de eso hasta que termine. Así que ayúdame si quieres que me ocupe de tu pupila —respondió evasivamente, aunque guardó la cartulina.

—No es mi pupila. —Forrest abrió mucho los ojos, escandalizado—. Sólo tengo por ella un interés artístico.

—Nunca lo hubiera supuesto. Háblame de Dick Purcell.

—Dodó te lo habrá dicho todo.

—Ella apenas tuvo tiempo de conocerle. Unos días después de su boda ocurrió el accidente. ¿Qué era en realidad?

—Ayudante de dirección.

—¿De quién?

Edwin Forrest sacó un fajo de papeles y los extendió sobre el mostrador con gesto triunfal.

—Aquí lo tengo todo, incluso una foto —exclamó con acento triunfal—. Esta mañana saqué el material del archivo del periódico para componer el artículo.

Peter examinó la fotografía. Se trataba de un Purcell tres o cuatro años más joven, pero salvo en su mirada desvaída apenas había diferencia. No cabía duda de que había padecido amnesia por el accidente y que había tardado en recordar su pasado. Luego, cuando su consciencia volvió debió encontrarse con la fotografía de Dodó en los periódicos, convertida en gran estrella. El hecho de que no se presentara inmediatamente a ella o la hiciera llamar, demostraba que había estado aguardando la oportunidad de obtener un beneficio de su peculiar situación. No debía ignorar que no le aceptaría a su lado, pues sólo sería un estorbo para su carrera.

—¿Puedo quedármela? —preguntó.

El periodista vaciló, pero accedió al fin.

—Pediré que saquen una nueva copia. Me has preguntado para quién trabajaba, ¿no?

—En efecto. ¿Lo sabes?

—Sí; hizo tres películas con Guy Morgan, precisamente aquélla en que lanzaron a Sheila Strauss fue la primera de las tres.

—¿Tenía enemigos?

—Todos tenemos alguno, y él quizá más que otros. Su temperamento era excitable. Recuerdo que una vez, Leo Dalton y él se dieron de puñetazos durante un ensayo que Purcell dirigía. No respetaron el lugar y destrozaron la mitad de la escena. El productor, John Herford, estuvo a punto de expulsarlos a los dos, pero el que salió perdiendo fue Dalton, al que sustituyeron en la película por otro actor.

—¿Y relaciones amorosas?

—Era cauto como un zorro. Algunas veces bromeé con él al

respecto, pero no conseguí ni una confidencia.

—¿Cuál era su origen?

—Lo ignoro. No era tan importante como para que investigase en su vida anterior. Le trataba porque su amistad me permitía presenciar algunos rodajes, especialmente cuando hice aquellos reportajes de la curvilínea S. S.

Peter había estado anotando aquellos nombres en su agenda.

—¿Vas a interrogar a toda esa gente?

—Sí.

—¿Qué esperas hallar? Aquello ocurrió hace más de cuatro años.

—No quiero dejar nada al azar. Alguien ha debido tener motivos suficientes para matarlo.

Forrest le palmeó la espalda.

—Necesitarás mucha suerte. Por mi parte… —Tomó aliento para que se le reconociese su sacrificio—, no cargaré las tintas para relatar el caso. En honor a Dodó y a ti.

—Y pensando en Lyda.

El periodista fue a maldecirle, pero prefirió lanzar una carcajada.

—Te recordaré tu promesa.

Luego se alejó con sus pasos cortos y vivos.

Era la hora del almuerzo y Peter llamó a la oficina de Arthur Lewis, pero no tenían noticias de él. Dejó el encargo de que si volvía le llamara al «Esturión», y se quedó a comer en el hotel.

No tenía apetito, pero repuso energías. Había tomado el café y seguía sin noticias del detective. Por eso fue nuevamente al teléfono, pero antes de marcar el número de Lewis llamó a la oficina del abogado Wayne Morris.

—Al aparato —asintió el abogado al responder a Peter—. He estado llamándole toda la mañana.

—La pasé con Dodó.

—¿Le dejaron verla?

—Sí. ¿Ha estudiado el caso?

—Es sumamente difícil, señor Brandon. Temo no conseguir…

—Escuche, Morris —le cortó el agente con firmeza—. Métase esto bien en la cabeza: Dodó es inocente, de modo que sáquela del apuro como sea.

—¡Pero está demasiado complicada! ¡Habló en exceso, y…!

—Eso no cambia mucho la situación. Lo malo fue que visitara la casa de Purcell y dejara allí su bolso y sus huellas. Lo que dijo después lo hubiesen averiguado en muy pocas horas: ella sólo les evitó trabajo, así que no se escude en la imprudencia de Dodó.

Aquellas palabras escocieron al abogado.

—Siempre he defendido con interés los asuntos que ustedes me han encomendado, señor Brandon.

—Esto de ahora es más grave. Si no está dispuesto a sacarla libre es mejor que me lo diga ahora para buscar a otro abogado. Quiero que comprenda que no me conformaré con otra sentencia que no sea absolutoria, porque ella es inocente. ¿Lo entendió?

Morris jadeaba al otro lado del hilo.

—Estudiaré el asunto.

—De acuerdo. Y si quiere un consejo, retrase el caso todo lo que pueda. Tengo al mejor detective trabajando en el caso y yo también estoy moviéndome por ahí. Denos tiempo para obtener resultados y, mientras, impida que Dodó siga complicándose.

—Presentaría una solicitud de libertad bajo fianza, pero no la aceptarán dada la situación. Si hubiera alguna duda razonable acerca de su culpabilidad…

—Yo buscaré algo que pueda utilizarse en su descargo.

Se despidió y devolvió el auricular a la horquilla. Pagó la nota de consumición y recogía el sombrero del guardarropa cuando un botones voceó su nombre.

—Le llaman al teléfono, señor.

Era Lewis. Por la voz comprendió que estaba cansado.

—Por si te sirve de algo. Purcell recibió varias visitas anoche. Antes que tú llegó alguien y después dos más.

—¿Alguna identificación?

—Sólo la matrícula de tu coche. ¡También es fatalidad! Pudieron haber registrado el número del asesino.

—En este caso nos persigue la mala suerte desde el principio. ¿Dices que Purcell recibió una visita antes de llegar yo?

—Sí; eso me ha dicho el dueño del bar.

—¿De quién se trataba? ¿No lo ha descrito?

—Sólo sabe que era una mujer. Peter silbó.

—¿Una mujer? Vaya, eso parece interesante.

—Lo sería más si hubiera advertido alguna seña personal, pero

era noche cerrada y no hay luz por allí.

—¿Y los otros dos?

—Me habló de ellos una vecina de Purcell, una vieja charlatana que asegura no puede dormir por las noches debido al calor y se pasa horas enteras en la ventana.

—¿Vería entonces cómo me sacaron?

—No, pero sí que después de la una de la madrugada una persona entró en la casa de Purcell. Estuvo dentro muy poco tiempo y un cuarto de hora después alguien más entró y la vieja oyó un grito. Unos segundos más tarde la misma persona que había entrado salió huyendo. Llevaba mucha prisa porque corrió hasta la esquina donde había dejado su coche y se alejó de allí disparada.

—Ésa era Dodó.

—Lo mismo pensé yo. Pero quien la precedió fue el asesino.

—Exactamente. ¿No la ha interrogado la policía?

—Sí, pero no le hicieron firmar declaración alguna.

—Es lógico: eso descomponía un poco el caso. Lleva a esa mujer a la Comisaría, Arthur. Págale si es preciso para que abandone sus asuntos. Con esa declaración el abogado podrá obtener la libertad condicional, y Dodó tendrá al menos algunas comodidades que en el calabozo son imposibles. Voy a llamar a Morris. Nos encontraremos en el despacho del teniente Kenan.

CAPÍTULO VI

Peter apretó las manos de Dodó y le sonrió alentadoramente.

—Duerme tranquila.

La besó suavemente y bajó al *living,* donde estaba Arthur Lewis, el abogado Morris y John Herford, el productor.

Éste parpadeó tras sus gafas.

—No podía haber ocurrido nada peor. ¿Es que esa chica se ha vuelto loca? Perderá el aprecio de los públicos: los escándalos ya no gustan.

—Cállese, Herford, nadie piensa ahora en las películas. De cualquier forma, Dodó ha terminado, al menos por una larga temporada.

El productor alzó la pequeña cabeza que tembló en lo alto del huesudo cuello, como si fuera a caerse.

—¡Usted no puede decirme eso, después del dinero que les he dado a ganar! Peter le fulminó.

—Lo que ahora importa es salvarla. ¿Es que no puede usted dejar de pensar en el dinero? —Se volvió hacia Arthur y Morris—. Gracias por su ayuda, amigos.

—¿Te quedas? —preguntó el detective encaminándose a la puerta.

—Sólo el tiempo justo para hablar con Herford.

Cuando quedaron solos, Brandon se sirvió un combinado y puso *whisky* en otro vaso destinado al productor. Peter bebió durante unos minutos en silencio, paseando. Herford, al fin, estalló:

—¿Qué es eso tan complicado que va a decirme?

—Usted conoció a Purcell, ¿verdad?

—Oh, pues… superficialmente.

—Sé que Dick trabajó para usted, al menos en tres películas.

Guy Morgan era el director y S. S. la estrella, ¿me equivoco? Puedo darle títulos, incluso.

Herford bebió y ello le dio tiempo para reflexionar.

—Puede que tenga razón —dijo sin comprometerse—. Nunca me preocupo de los subalternos.

—¿Qué impresión tenía de Purcell?

—¿Qué es lo que busca, Brandon? No veo de qué puede servir hablar de eso ahora.

—Alguien le mató, ¿no? Tengo que buscar al asesino.

—¿Y lo va a encontrar hablando conmigo?

Peter volvió a servirse un poco más de licor y mientras añadía hielo comentó, como con descuido:

—Purcell golpeó a Dalton y le destrozaron a usted un decorado, pero sólo Dalton fue sustituido. Me pregunto por qué.

Herford dejó el vaso con seco golpe sobre la mesa de mármol.

—Esto es demasiado, Brandon. ¡Conmigo han terminado!

El portazo resonó en toda la casa. Arriba, Dodó salió del dormitorio a punto de acostarse.

—¿Qué fue eso, Peter?

—Herford se enfureció conmigo —llegó junto a ella y la cogió del brazo—. Olvídate de todo y descansa. No tienes muy buen aspecto.

Dodó se ahuecó el pelo con coquetería.

—Estoy horrible, ¿verdad? ¿Por qué se enfureció ese ogro?

—Le hice unas preguntas. Sobre Dick.

La sonrisa placentera de la estrella se nubló.

—¿Por qué sobre Dick?

—El lo trató durante algún tiempo… y estoy buscando a la persona que lo mató.

—¿Sospechas de Herford? Sacudió la cabeza.

—Estoy muy confuso para hilvanar alguna idea lógica, pero sé que en cierta ocasión Herford tuvo motivos para expulsar a Dick y no lo hizo.

Entraron en el dormitorio y Dodó se sentó ante el tocador, frente al espejo, y empezó a cepillarse los dorados cabellos.

—¿Qué incidente fue ése?

Peter lo contó mientras encendía un cigarrillo. Dodó se volvió en el taburete cuando concluyó el relato.

—Yo no había conocido todavía a Dick cuando peleó con Dalton durante el rodaje de aquella película. Pero, conociendo a Herford, me parece insólito que no expulsara al causante de los destrozos del decorado. Tendría razones muy poderosas para soportar, sin tomar medidas definitivas, aquella pérdida.

—¿Supones lo que pudo ocurrir?

Dodó parpadeó y sus largas pestañas abanicaron el aire.

—¿Piensas en que Dick le tenía sujeto?

—¿Un chantaje? ¿Era probable? Y, en todo caso, ¿por qué concepto? La muchacha sacudió la cabeza.

—No sé, Peter. Yo… nunca he prestado demasiada atención al comportamiento de las personas. Debo parecerte muy vacía, ¿no? ¿Soy una de esas estrellas frívolas que sólo tienen buen tipo?

Dodó había cambiado mucho en aquellas horas. Peter se sorprendió al escuchar aquellas palabras. Parecía haber hallado una madurez que antes no poseía. La frivolidad, la superficialidad, habían quedado atrás por efecto de unas horas de auténtica angustia y dolor. Brandon se sorprendió al comprobar aquella transformación que aumentaba el atractivo femenino y se alegró ante la posibilidad de que Dodó dejara de ser, tan sólo, un bello cuerpo generosamente fotografiado.

—No te preocupes inútilmente, nena. Yo cuidaré de estas cosas.

Le sonrió y salió de la habitación. En la calle, ante su coche, estuvo pensando sus próximos movimientos. Era tarde, pero cierto tipo de personas vivían precisamente a aquellas horas de la noche. La única dificultad estribaba en encontrarlas.

Claro que conocía los lugares que frecuentaba la gente del cine; locales que ellos ponían de moda por muy estrafalarios que fuesen. Peter se metió en el coche y buscó el camino más corto para llegar al barrio mejicano de calles tortuosas, perpetuamente impregnadas del aroma de guisos penetrantes y fuertemente especiados.

Había un local típico, el «Sonora», mitad fonda mitad bar, que desde hacía unos meses disfrutaba de la visita de los actores de Hollywood. No podía decirse que tuviera confort, pero su misma rusticidad le daba lo que los periodistas denominaban carácter o personalidad. José, el dueño, riendo siempre tras sus bigotes, se estaba enriqueciendo gracias a las veleidades de los divos de la pantalla.

Aparcó tan cerca de la puerta como le fue posible, pero aún así tuvo que caminar varios centenares de metros porque las callejas estaban atestadas de automóviles último modelo aguardando a los clientes que llenaban el «Sonora».

Cuando entró en el antiguo mesón mejicano le asaltó el abrasador aroma de los guisos cargados de *chili*. Los camareros vestían a la mejicana y las paredes encaladas estaban decoradas con motivos típicos del vecino país. José, sudoroso dentro de su chaquetilla de terciopelo negro bordado en plata, corrió al encuentro de Peter.

—La última mesa la reservaba para usted, señor —era mentira, pero José sabía halagar la vanidad de sus clientes.

Brandon se acomodó en ella y pidió algo para comer y beber, sin especificar.

Miró a la clientela con disimulo. Había por lo menos cinco figuras que jamás productor alguno podría reunir en una sola película, so pena de arruinarse para siempre. Parecían disfrutar con aquel «tipismo» que les sacaba del hastío dorado de sus vidas. Uno de ellos, entrecerrados los ojos y aplastado el pelo sobre el cráneo, parecía una esfinge hermética. Su perfil, cuidadosamente recortado contra el encalado muro, posaba para la clientela que no había llegado a su altura.

Peter sintió asco. Llevaba años metido en el mundo del cine y cada día le resultaba más difícil soportar tanta banalidad.

—¿Ha perdido a su compañera?

De entre los macizos de flores situados a su espalda surgió Lyda Powers. Iba vestida con un traje de noche imprudentemente escotado, con los hombros desnudos y sin espalda. Sus rojizos cabellos le caían por la frente y en la mano llevaba un alto vaso que debía contener tequila o algún veneno similar. Había bebido dos veces más de lo que podía resistir.

—Hola, pequeña —sonrió Peter—. ¿Qué haces por aquí?

—¿Por qué me tutea? —preguntó ella, arrastrando las palabras.

—¿No vas a ser mi próxima estrella?

—No me gusta que me hagan favores —se enfadó—. Usted me desdeñó y yo no tolero…

—Cálmate, Lyda. ¿Estás sola?

—Se quedó sin estrella, ¿eh? —Siguió con su idea—. Está en un

buen lío, sí, señor; y no va a ser fácil sacarla de él, a pesar de que…

Peter sintió de pronto curiosidad.

—Continúa, Lyda.

Ella le miró durante unos instantes y en sus ojos hubo un revuelo feroz.

—Estoy borracha, ¿verdad?

—Has bebido un poco. Yo estoy deseando acompañarte —y se echó un trago de lo que le habían servido.

Sintió el fuego de aquel alcohol violento y con sabor infame.

—¿Qué ibas a decirme?

—Ya no me acuerdo —y tiró deliberadamente el licor de su vaso, sin duda para evitar la tentación de seguir bebiendo.

—¿Sabes algo acerca de Dodó? ¿Puedes ayudarme?

—No; no sé nada. ¿Por qué se imagina lo contrario?

Del mismo lugar que salió Lyda les llegó una voz masculina:

—¿Qué haces ahí, Lyda? Creía que te habías marchado…

Peter alzó la cabeza para encontrarse con un rostro agraciado, aunque levemente cruel. Los ojos claros denunciaban una firmeza poco común. Las lectoras de las revistas cinematográficas, sin duda, hubieran reconocido inmediatamente al «duro» Leo Dalton.

—Estaba con este amigo —protestó la pelirroja. Dalton la cogió del brazo y la incorporó.

—Perdone —dijo al mismo tiempo, dirigiéndose a Peter.

Éste se incorporó también y ayudó a Dalton a, llevar a Lyda por entre el macizo de flores.

—¿Puede concederme unos minutos, Dalton? —preguntó mientras salían a un jardín débilmente iluminado.

—Mi nombre es Peter Brandon.

El actor se interrumpió en la tarea de sentar a Lyda en la silla de la que había huido, evidentemente, y miró al muchacho.

—¿El agente de Dodó Evans? He leído los periódicos. Mal lío para su representada.

¿Qué quiere de mí? Tengo quien me represente y… estoy satisfecho.

—No busco trabajo. —Brandon soltó el brazo de Lyda y se encaró con Dalton—. Es algo acerca de Dick Purcell.

Los párpados del actor se entrecerraron y un músculo de la mandíbula se atirantó.

—¿No era el marido de Dodó?

—En efecto. Usted le conocía.

No era una pregunta y ello alarmó aún más a Dalton.

—No tengo mucho tiempo…

—¿Qué clase de persona era él?

—Un bicho venenoso. Estamos celebrando que él haya muerto —añadió ferozmente—. Lo siento sólo por Dodó: él no valía tanto.

—¿Qué le hizo a usted?

—Eso no importa. Ahora ya está muerto.

—Pero su asesino vive.

—Usted no debería decir eso, siendo el representante de Dodó.

—Es que ella no lo mató. Busco al auténtico asesino.

Dalton inhaló aire hasta llenarse los pulmones. Muy suave, susurró:

—¿Por qué recurre a mí?

—Creo que puede ayudarme. ¿Tenía él enemigos?

—Tantos como personas conoció.

—¿Alguien capaz de matarle?

—Un montón de gente.

—¿Usted también?

Otra vez el músculo de la barbilla resaltó en la tersa mejilla. Peter sabía por las películas de Dalton que aquél era el tic que precedía a una pelea, pero el actor supo dominarse.

—Lárguese.

—Hay algo todavía. —Brandon se mostraba mundano, como ajeno a la cólera que había despertado en su interlocutor—. Herford le expulsó a usted de una película por culpa de Purcell, ¿verdad?

—¿Para qué pregunta si lo sabe?

—Imagino que usted se enfurecería por aquello. Sin embargo, Purcell continuó trabajando para Herford, siendo él tan culpable como usted, o más.

—La responsabilidad fue de él por entero, no tengo por qué ocultar nada. Purcell era un chantajista y un estafador. Me ofreció un contrato espléndido para una película de la que él iba a ser ayudante de dirección. Me aseguró que el director había dejado en sus manos la elección del protagonista y se comprometió a darme el papel a cambio de diez mil dólares. Cobró cinco por anticipado y luego me enteré que era todo una mentira.

—¿Por qué no lo denunció?

—¿Y qué iba a conseguir? Le di el dinero en efectivo sin testigos, de modo que no podía probar que se lo había entregado. Por otra parte, Herford se hubiera enterado de que hacía gestiones para dejarle y eso habría bastado para que rescindiera mi contrato. Purcell se aprovechó de que no podía hacer nada contra él, en esas circunstancias. Le reclamé el dinero y aún tuvo el cinismo de decirme que mentía. Ahí comenzó la pelea.

—Y Herford prefirió creerle a él.

En la mesa, Lyda hipaba.

—De todas formas, perdí el contrato.

—Antes le llamó usted chantajista. Dalton acudió junto a la pelirroja.

—Ya he hablado bastante. Váyase.

—¿Herford era víctima de algún chantaje por parte de Purcell?

—No sería de extrañar. A nuestro productor le gustaba demasiado la amistad de sus estrellas.

—¿Por ejemplo?

El actor cogió a Lyda por el brazo y la incorporó para llevarla a la salida.

—En aquella época lanzaron a una.

Llevándola casi en volandas, Dalton atravesó el jardín y se perdió en las sombras. Peter estaba satisfecho. Era bastante lo que había conseguido. No cabía duda de que Dalton se había referido concretamente a Sheila Strauss, la célebre S. S., sobre cuyas iniciales el Departamento de Propaganda había creado una buena publicidad.

Brandon volvió a la mesa y abonó la consumición no gastada. José inclinó su brillante cabeza en reverencia servil y acompañó al muchacho hasta la calle. Fuera, los coches apenas habían disminuido.

Cuando llegó al suyo recordaba las palabras de la embriagada Lyda. Eran algo más que palabras: era una insinuación clara que parecía indicar que sabía algo respecto a la inocencia de Dodó.

Sacó el vehículo del aparcamiento y buscó la puerta del jardín de «Sonora», en un vago intento de encontrar todavía a Dalton y a la pelirroja Lyda pero no halló rastro de ellos tampoco en las calles adyacentes.

Abandonó la búsqueda y pensó que Edwin Forrest podría darle datos sobre su más reciente adquisición femenina. Por eso se dirigió a la sede del *Los Ángeles Chronicle* y cuando llegó al edificio buscó él mismo el despacho del columnista de cine sin esperar a que le guiara ningún botones.

Forrest, en mangas de camisa y con un lápiz sobre la oreja derecha, tecleaba en su máquina con sólo dos dedos. Junto a él, en el ángulo de la mesa, una cerveza helada había empañado el vaso que la contenía.

—¿Tú por aquí, Peter? —exclamó el periodista al verle—. ¿Quieres comprobar si lo que digo acerca del caso es correcto? Mira, justamente ahora terminaba el artículo.

El muchacho manoteó el aire.

—No me preocupa eso. Quería hacerte unas preguntas. El periodista arqueó las cejas.

—Tienes un aspecto grave.

—¿Qué sabes de Lyda?

—Poca cosa. Pero… no comprendo tu interés.

—¿Tiene familia? ¿Quiénes son sus amistades? ¿A qué se dedica? Forrest bebió cerveza antes de responder.

—Temo no poder aclararte gran cosa, Peter. Conoces a una chica, la citas un par de veces, tomas unas copas o te diviertes en cualquier espectáculo con ella, pero casi nunca buceas en su intimidad de no buscar algo especial.

—¿Sabes al menos dónde vive?

—Sí; pero vas a decirme qué buscas.

—Esta noche la encontré en «Sonora». No estaba sola y dijo algo que me hizo pensar en que ella sabe algo acerca de Purcell y de su muerte. Quizá es una vaga impresión, pero me gustaría comprobarlo.

Una sombra de preocupación se había extendido por las facciones del periodista.

—No estaba sola.

—No.

—¿Quién era él?

—Leo Dalton.

Forrest lanzó una maldición.

—¡Esa chica está dispuesta a lograr el estrellato por cualquier

procedimiento!

—Seguramente. ¿Por qué te interesas por ella, Edwin?

—¿No lo imaginas viéndola?

—Sí; pero mujeres como Lyda son las que destrozan cualquier reputación. La cerveza desapareció en la ansiosa boca de Forrest.

—Creo que tienes razón. Debo volverme viejo para perder la cabeza de este modo.

¿Debo apartarme de ella? —preguntó, y sin aguardar respuesta garrapateó una dirección en la hoja del bloc situado junto a la máquina de escribir—. Ésta es su casa y el número de su teléfono. Y suerte.

Peter guardó la anotación en el bolsillo y palmeó la espalda del periodista.

—Agradecido.

Desde la puerta, Brandon se volvió para mirar a su amigo:

—¿No has pensado nunca en casarte?

CAPÍTULO VII

El apartamiento de Lyda estaba situado en un bloque de casas modernas, dotadas con todo el confort posible. Cuando Peter descendió del coche frente al edificio, se preguntó qué milagros haría Lyda para abonar cada mes el importe del recibo. Comprobó antes de entrar en el portal que la dirección era exacta y cruzó el iluminado vestíbulo en dirección a los ascensores.

El conserje le llamó desde el ángulo donde tenía el casillero de la correspondencia y la centralita telefónica.

—¿Por quién pregunta, señor?

Peter se volvió hacia el empleado del mostrador.

—Voy al departamento de la señorita Powers. El conserje negó correctamente.

—No está, señor.

—Oh, pero… ella me dijo que a estas horas…

—Lo siento. Puedo telefonear, si gusta, para comprobarlo; pero no he abandonado mi puesto en toda la tarde.

El solícito empleado marcó un número y aguardó. Peter se acodó en el mostrador de madera pulida.

—¿Sabe cuándo volverá?

—Nadie responde, señor. Negó su interlocutor.

—Ni siquiera aproximadamente.

—¿Quiere ayudarme usted? —preguntó Brandon, mirando a los ojos del empleado.

—Estoy a sus órdenes, señor, para todo aquello que pueda realizar.

—¿Qué amigos tiene la señorita Powers?

La sonrisa del conserje se desvaneció, pero no perdió su corrección.

—No me está permitido comentar la intimidad de los vecinos.

—No voy a hacer mal uso de sus informes. —Peter sacó la cartera y de ella tomó dos billetes de cinco dólares. Al hacerlo se deslizó la fotografía de Dick Purcell que le había dado Forrest, y vio cómo el conserje la miraba. Peter le dejó los billetes delante y devolvió foto y cartera a su bolsillo—. Es muy poco lo que le pido.

El empleado vaciló, pero debió decirse que era una tontería despreciar diez dólares.

—¿Qué es lo que desea saber? Temo que no voy a decirle gran cosa.

—¿Recibe visitas?

—Algunas veces, pero no demasiadas.

—¿Qué clase de amistades tiene?

—Caballeros.

—¿Conoce el nombre de alguno? Negó el conserje.

—Soy profundamente discreto, señor. No creo prudente inmiscuirme en vidas ajenas.

—Es usted un sabio, pero… estoy seguro de que usted puede decirme mucho más.

—No demasiado, excepto…

—¿Qué?

—Espero que haga buen uso. Esa foto que se le ha caído de la cartera…, creo conocer al interesado.

Peter sacó la fotografía de Purcell.

—¿Está seguro?

El conserje la examinó cuidadosamente.

—No tan joven, pero sí; viene por aquí algunas veces.

Brandon suspiró, agradeciendo que la Prensa de la tarde no hubiera publicado fotografías de Purcell, sin duda por premura de tiempo.

—Gracias —le dio otros dos billetes en premio y salió a la calle.

Una vez tras el volante, Peter apoyó la barbilla en la palma de la mano y pensó rápidamente. Así que Dick Purcell y Lyda tenían relaciones entre sí. Nunca lo hubiera supuesto y, sin embargo, algo en la actitud de la pelirroja le había hecho sospechar. ¿Por qué ella había tratado de intimar con él desde un par de días atrás? Luego estaban sus palabras su peculiar entonación al hablar de la acusación formulada contra Dodó por el asesinato de Purcell. Lyda

sabía algo. Quizá, incluso, Lyda había estado en casa de Purcell la noche del crimen…

Puso en marcha el vehículo y se dirigió a la máxima velocidad posible al lado sur, a la calle Frisco, a fin de comprobar aquel extremo.

La casa de Purcell estaba, al parecer, vacía. Cuando cruzó ante ella vio a un agente de uniforme montando guardia ante la puerta. Peter pasó de largo y entró en el bar de la esquina, cuyo dueño había recordado la matrícula de su coche.

Era un local ínfimo y maloliente. Había demasiadas moscas para que en él pudieran aguantar los clientes durante mucho rato. Brandon aguantó la respiración y fue soltándola poco a poco a fin de acostumbrarse al olor. El propietario le miró desde una de las mesas donde leía trabajosamente un periódico que relataba el crimen.

Peter se sentó al otro lado de la mesa y esbozó una sonrisa.

—Periodista —dijo, y miró en tomo—. Un bonito local. ¿Qué le parecería verlo fotografiado en mi periódico?

El otro avivó los ojillos.

—Oh, pero eso es… ¡maravilloso! ¿Qué tengo que hacer?

—Ayudarme un poco, nada más.

—Por supuesto que sí. Tomará algo, ¿verdad? Tengo un *whisky* que…

—No, por favor —beber algo en los vasos de *aquel* bar hubiera sido llevar demasiado lejos su fidelidad a Dodó, por quien hacía aquella laboriosa investigación—. Padezco del estómago, ¿sabe? —explicó para no ofenderle—. ¿Recibía visitas Purcell?

—Bueno, él no usaba ese nombre entre nosotros. Le conocíamos como Don Taylor.

—Es claro. Pero recibiría visitas.

—Apenas.

—¿Mujeres?

—Alguna vez.

—¿Usted las vio?

—No siempre, porque a veces tengo clientes. Pero sí, me llamaba la atención que viviendo aquí tuviera amigos de importancia, a juzgar por sus ropas y coches.

—Es lógico. Voy a enseñarle unas fotos y usted me dirá si vio a

esas personas por aquí.

¿De acuerdo?

Sacó de la cartera las fotos de varias aspirantes a estrellas que siempre llevaba consigo para un posible contrato y entre ellas deslizó la que Forrest le había dado de Lyda Powers.

—Fíjese bien en todos los rostros.

El dueño del bar clavó sus gruesos dedos en las brillantes cartulinas y revisó una a una todas las fotos, con especial complacencia.

—¡Qué criaturas! —Silbé. Luego volvió a mirarlas y eligió la de Lyda—: A ésta la he visto entrar en casa de Taylor o de Purcell, como usted quiera.

—¿Les unía buena amistad?

—Oh, sí. Siempre llegaba en taxi. Un tipo afortunado, ¿eh? Primero se casó con Dodó Evans, y luego se las arregló para conquistar a ésta. ¡Caramba, cómo están las mujeres! Claro, que al final ha muerto a manos de ellas.

Peter arrugó la frente. Las palabras del tabernero le habían mostrado una posibilidad.

—¿Visitó ella el día del crimen a la víctima?

—Desde luego.

Peter se incorporó, ansioso por abandonar el tugurio.

—Vendré con el fotógrafo para hacer esas tomas. Mientras, quédese con esto por su tiempo perdido —y le puso unos billetes en el hueco de la mano.

Cuando llegó a su coche, miró a la casa de Purcell. Las cosas iban uniéndose. Había alguien con Purcell la noche que lo visitó. Alguien que le golpeó la cabeza ferozmente hasta dejarle sin conocimiento. Luego, lo sacaron de la casa y se lo llevaron en su propio automóvil, pero Dick quedó en su casa, puesto que lo mataron. ¿O quizá murió después de que a él le dejaran sin conocimiento? En ese caso, el asesino se lo llevó consigo aprovechando su inconsciencia y sirviéndose de su coche para huir.

Y Lyda utilizaba siempre un taxi, porque no había comprado coche propio todavía.

Era una posibilidad. Lástima que su automóvil no pudiera hablar y contarle la verdad de lo ocurrido.

Entró en el vehículo y encendió las luces del interior para anotar

en una hoja de papel, en forma sistemática y clara, los acontecimientos ocurridos desde que Dodó le comunicara la existencia de las cartas que le reclamaban un chantaje.

Todo era normal hasta que él visitó a Purcell en su casa. Según lo que había logrado averiguar, el cuadro de visitas a la casa de Purcell quedaba así:

- «Lyda estaba con Purcell cuando él llegó. Al oír la llamada debió esconderse en una habitación vecina de la que salió para golpearle cuando ya se marchaba».
- «Lyda y Purcell lo sacaron, inconsciente, de la casa, y lo metieron en su propio coche, siendo la primera quien se encargó de abandonarlo en la carretera».
- «Mientras Purcell estaba solo, llegó el asesino y lo mató».
- «Por último, se presentó Dodó, que al ver muerto a su marido salió huyendo».

Aquello sonaba bien, pero carecía de consistencia legal frente a un fiscal y a un jurado. Era tan sólo producto de las declaraciones de unos testigos que no resultaban concluyentes, pues ninguno de ellos había observado la casa de un modo continuo y preciso, de modo que no podían asegurar ni la identidad de los visitantes, ni el tiempo que estuvieron dentro de la casa ni, mucho menos, si hubo otras personas que entraron en la vivienda de la víctima.

Lo único que podía hacer en beneficio de aquella teoría era obligar a Lyda a que hablase. Ésta no lo haría de no pesar sobre ella una acusación firme, y carecía de toda prueba definitiva para hacerlo.

Devolvió el bloc al departamento de guantes del salpicadero y al hacerlo se inclinó sobre el mullido asiento.

Las luces interiores arrancaron entonces un destello en el suelo, un reflejo tornasolado que le sorprendió.

Se inclinó un poco más y buscó de nuevo el efecto; sí, allí estaba. Brillaba como una joya y…

Era una joya.

La cogió y la examinó atentamente. Era un broche femenino, en forma de un ramo de rosas. Peter se humedeció los labios. No pertenecía a Dodó y, sin embargo, le parecía recordarlo. Lo había

visto antes, pero últimamente ninguna mujer, excepto Dodó había subido en su coche y la semana anterior le limpiaron en el garaje.

No podía llevar tanto tiempo allí.

La idea acudió de pronto a su cabeza.

¡Lo conocía, sí! ¡Había visto el juego de pendientes en las orejas de Lyda aquella misma noche!

Se recostó en el asiento y sonrió triunfalmente. Allí estaba la prueba que necesitaba. Ante ella, la pelirroja se vería obligada a declarar a la policía lo que sabía acerca de la muerte de Purcell y las relaciones que le unían a él.

Guardó el broche y pulsó el botón del encendido. Apagó las luces interiores y abandonó el barrio, bailándole una alegría nueva en el corazón.

Intuía que Lyda podría aclarar muchos puntos oscuros acerca de la muerte de Purcell. No llegaba su entusiasmo a pensar que ella supiera la identidad del asesino, de no ser ella misma, pero sí podría añadir facetas nuevas a la investigación policíaca… y eso podía conducir a la exclusión de Dodó del drama.

CAPÍTULO VIII

La puerta del edificio donde se hallaba el apartamiento de Lyda Powers estaba cerrada, dado lo avanzado de la hora, pero un tablero de latón brillante ofrecía una colección de pulsadores alineados simétricamente a la elección del visitante. Peter apretó el correspondiente al apartamiento de la *starlet* pelirroja y un momento después sonó un zumbido y el chasquido del cerrojo eléctrico al ser accionado desde arriba.

Empujó la puerta y entró, dejando que se cerrase a su espalda, automáticamente. En el amplio vestíbulo solo había una lámpara encendida y esto matizaba suavemente las sombras. Tampoco había ascensorista, pero no le importó y él mismo manejó el mecanismo.

Cuando llegó ante el apartamiento de Lyda encontró la puerta entornada. Llamó con los nudillos, no obstante, y la voz de la muchacha le avisó desde dentro:

—Pase, está abierta.

Entró Peter y cerró tras sí. Lyda estaba sentada en un sillón, de espaldas a la puerta. Sus cabellos rojizos formaban contraste con el tapizado verde esmeralda.

—¿Trajo el dinero? —preguntó ella, sin volverse.

Brandon no respondió de momento, interpretando correctamente aquella pregunta. Lyda aguardaba a alguien… que debía llevarle dinero. ¿Por qué?

El silencio sorprendió a la muchacha y ésta se volvió. Su mano derecha abarcaba un vaso dentro del cual tintineaba el hielo.

—Oh. ¿Usted?

Se incorporó de un salto. Iba enfundada en unos pantalones lila de cintura baja y se cubría el busto con una blusa airosa de encaje, asombrosamente corta. Entre ésta y el pantalón quedaba al

descubierto cuatro dedos de piel morena.

—Es evidente que no soy yo el que debía traerle un dinero, ¿verdad?

—¿Qué ha venido a hacer aquí?

—Necesito hablar con usted.

—Lo siento; no puedo atenderle. Márchese.

Peter cruzó el *living* y se dejó caer en el sillón que hacía pareja con el de Lyda.

—Sírvame algo cargado, por favor.

Los ojos de la *starlet* se animaron con llamaradas feroces.

—Lárguese —mordió las palabras.

—Primero dejaremos aclarada una cuestión.

Ella se encaminó al teléfono rojo situado sobre una mesita.

—Llamaré a la policía.

Alzó el auricular y empezó a marcar un número.

—Oh, sí, hágalo. Al teniente Kenan le gustará charlar con los dos. El aparato volvió a la horquilla lentamente.

—¿Por qué el teniente Kenan?

—El lleva el caso de Dick Purcell. —Peter sonrió—. ¿Charlamos, Lyda?

La muchacha no se movió. En su expresión había una mirada agitada, llena de zozobra.

—No sé qué se imagina.

Brandon le mostró el broche.

—Es suyo, ¿verdad?

No precisaba contestación. El juego de pendientes lucía todavía en sus orejas.

—¿Ha venido para devolvérmelo?

—Sí; lo había perdido. ¿Sabe dónde?

—No; voy y vengo por ahí.

—Pero nunca ha entrado en mi coche, que yo sepa. Allí estaba, Lyda.

—¿Y qué deduce?

—Algo que he podido comprobar. Usted estaba en casa de Dick la noche que fui a verle; usted me golpeó la cabeza… aquí —se tocó el lugar afectado—, y luego entre los dos me sacaron. En mi propio coche usted me llevó a la carretera, abandonándome allí. En el intervalo, el asesino visitó la casa de Purcell y lo mató. Luego llegó

Dodó Evans y encontró a su marido muerto. ¿Dónde estuvo usted durante todo ese tiempo?

—Nunca me he acercado por ese lugar. Y, ahora, largo. Peter no se movió.

—Hay testigos que la vieron entrar. Uno de ellos la conoce lo suficiente como para reconocerla en cualquier lugar: al teniente Kenan le será fácil comprobarlo. Luego tenemos este broche.

Prietos los labios. Lyda siseó:

—¿Qué quiere?

—Saber dónde estuvo después de que me llevó a la carretera.

—Yo no estuve allí; yo no le llevé. No me complique. Está loco si piensa que voy a caer en sus trampas.

Peter abandonó el sillón y se llegó hasta el carrito de las bebidas. Con absoluta desenvoltura se sirvió un dedo de *whisky* y volvió al centro del *living*.

—Es tonta si piensa que puede llevar a cabo ese plan tan estúpido. Y, además, corre un grave riesgo.

Ella abrió la puerta.

—Buenas noches, señor Brandon.

El pareció acceder a la despedida, pero al llegar a la puerta la cerró con firmeza y se encaró con la pelirroja, a un palmo de distancia.

—El asesino no tolerará un chantaje, Lyda. Matará nuevamente, de la misma forma que mató a Dick, sin duda para cerrarle la boca. Ha copiado usted muy malas costumbres de su trato con Purcell. ¿Qué les unía?

—¡Váyase! ¡Ahora mismo!

No podía obtener ningún resultado de ella, pero era evidente que acertaba en todas sus suposiciones, y Lyda era tan loca como para jugar con la muerte de aquella forma.

Suspiró. Podía imaginar lo ocurrido. Después de dejarle a él en la carretera debió regresar a casa de Purcell, a tiempo para ver al asesino, y ella, en lugar de colaborar con la policía había querido sacar provecho del asunto.

—Está bien, pero quizá se arrepienta.

Una vez en la calle montó en su coche y llegó hasta la esquina. Luego, a pie, regresó hasta ocultarse en las sombras, cerca de la puerta. Lyda aguardaba al asesino para recibir el pago por su

silencio. Todo lo que él, Peter, tenía que hacer, era aguardar allí hasta verlo llegar.

Pasaron los minutos lentamente y sus nervios fueron tensándose hasta que a la media hora decidió actuar.

Volvió a pulsar el timbre correspondiente a Lyda, pero esta vez no recibió respuesta.

Temiendo lo peor, volvió a llamar, pero al convencerse de lo inútil de su acción buscó el zumbador del conserje y pegó el dedo al botón.

Cinco minutos después aparecía el mismo empleado que entrevistara unas horas antes, vestido someramente y con evidentes síntomas de sueño y mal genio.

—¿Qué busca ahora? No son horas…

—Acompáñeme: temo que ha ocurrido algo grave en el apartamiento de la señorita Powers. Traiga la llave maestra para comprobarlo.

Una vez dentro del apartamiento, quedaron sorprendidos al verlo todo en orden. Sin embargo, no había rastro de Lyda. El conserje, creyéndose víctima de un engaño, empezó:

—Esto le va a costar caro, amigo. ¿Qué es lo que pretendía al…?

Peter alzó una mano y contuvo el torrente de protestas.

—Tengo fundadas sospechas para suponer que a la señorita Powers le ha sucedido algo grave. Estuve aquí arriba hace poco más de media hora y luego aguardé abajo, de modo que nadie pudo salir ni entrar sin yo verlo. Y, ahora, ella no está.

—¿Y qué significa eso? Existe una puerta posterior destinada al servicio, y algunas personas la utilizan cuando quieren verse libres de pelmazos como usted.

El muchacho se increpó al conocer la noticia. Lyda le había dado esquinazo, suponiendo justamente lo que haría él. Previamente habría avisado al asesino para que no acudiese y le citaría en otro lugar.

Si había lógica en el mundo, el asesino mataría a Lyda en cuanto supiese que él, Peter Brandon, estaba sobre la buena pista.

Sin hacer caso de la expresión colérica del conserje, Peter empezó a marcar un número. Al escuchar la voz profesional al otro lado del hilo, pidió:

—Póngame con el teniente Kenan.

* * *

El policía le fulminó.

—Debe sentirse muy orgulloso de cómo le funcionan sus células grises, ¿verdad? Si Lyda muere será culpa suya y a usted lo encerraré.

Peter se rascó la barbilla.

—Yo traté…

—¡Usted sólo hizo una cosa bien: inferir la labor de la policía! ¡Debió haberme comunicado sus descubrimientos!

—¿Y cree que ella se hubiera confiado a usted? Por propia seguridad lo hubiera evitado, porque ya es cómplice del asesino, aunque sólo porque desea hacerle chantaje.

¡Qué mundo tan sucio!

Kenan miró el broche y leyó el resumen que Brandon había escrito.

—Por su propio bien, olvídese de todo y déjelo en mis manos. Sólo en las películas que ustedes hacen, salen airosos los detectives aficionados. En la vida real, tienen muchos disgustos con nosotros, los policías de verdad. Supongo que tiene ya bastantes quebraderos de cabeza con la participación de su estrella en este caso… sin necesidad de buscarse líos extras.

Peter fue a responder algo, pero el teléfono repiqueteó violentamente. Kenan lo cogió rápidamente.

—¿Diga? —Su ceño se frunció—. Sí, sí, comprendo. ¿Dónde? —Gruñó algo, se le veía furioso—. Voy para allá.

Y colgó. Luego miró a Peter.

—Les voy a escarmentar. ¡Rayos, se lo están mereciendo!

Fue a la puerta y la abrió como si quisiera arrancarla. En el pasillo aguardaba un agente y el conserje del edificio. Cerraron y Peter entró en el ascensor junto con el teniente, el agente y el conserje. Una vez en el vestíbulo, Kenan silabeó:

—¿Sabe lo que ha hecho *su* estrella? ¡Abandonó esta noche su casa y ha salido de la ciudad! ¡Y yo la dejé salir con libertad provisional!

Peter se tambaleó.

—No es posible… Ella no ha podido cometer esa insensatez: se lo advertí.

—Fue alguien a buscarla y salieron. Por fortuna soy precavido y puse a dos hombres de vigilancia. Ahora esa rutilante luminaria del cine irá a la cárcel y no saldrá hasta que se celebre el juicio o se demuestre su inocencia. ¡Vámonos! —ordenó a su acompañante.

Peter salió a la calle también. Kenan entró en el negro coche de la patrulla.

—¿Puedo… puedo acompañarle, teniente? Yo también estoy indignado.

—Suba —pareció ladrar—. Pero no me haga nuevas peticiones de trato especial.

El chófer arrancó velozmente y el edificio donde vivía Lyda quedó atrás, sumido en la oscuridad, como un mal presagio.

CAPÍTULO IX

El chófer pegó el coche a la acera y apretó el freno. Los neumáticos protestaron por la violencia de la maniobra, pero el vehículo se detuvo al fin ante la puerta, detrás de un coche verde, excesivamente llamativo.

Kenan saltó a la acera y de las sombras del edificio se despegó una figura que acudió junto al policía.

—Continúan dentro, teniente.

—¿No habrá otra salida?

—Me tomé la molestia de comprobarlos. Existen unas ventanas y Ralph está allí, aunque es poco probable que las utilicen para escapar.

—Gracias. Vamos adentro.

Peter caminó junto al policía y subieron tres escalones. Un pequeño farol sobre la puerta permitía leer la placa en la que se anunciaba que allí vivía el juez de paz de San Juan de Capistrano. Peter se sobresaltó al verla y consultó con la mirada a Kenan, pero la expresión de éste le convenció de que lo que imaginaba era cierto.

Una señora con el pelo canoso les abrió la puerta. El policía le puso la placa de su cargo bajo la nariz, y la señora respingó:

—Oh, la policía.

—Buscamos a una persona que entró aquí: la señorita Dodó Evans. La buena mujer parpadeó y luego sonrió.

—Oh, sí, mi marido los está casando ahora. ¡Qué linda es ella…!

Peter no aguardó a escuchar más. Como un meteoro empujó una puerta que estaba entreabierta y se coló dentro del despacho. En aquel momento, el juez estaba a punto de pronunciar las palabras solemnes.

—¡Un momento! —gritó Brandon.

Dodó y Nelson Allen giraron al unísono, sorprendidos por la brusca interrupción, y el juez miró por encima de los lentes de aros metálicos al tiempo que gruñía:

—¿Qué significa…?

Kenan entró también en el despacho con gesto hosco. Peter miró el perplejo rostro de Dodó y luego se encaró con el tejano millonario cuyas facciones estaban congestionadas.

—¡Es usted un canalla! —le espetó Peter—. Por satisfacer su capricho la ha comprometido gravemente.

—¡Váyase al diablo! ¿Qué es lo que ocurre, Dodó? ¿Está celoso este tipo? Deberías hacer algo para quitártelo de encima…

La izquierda de Brandon sujetó la impecable pechera de Allen y lo zarandeó.

—Mida sus palabras, amigo. Se lo aconsejé una vez.

—¡Maldito…!

Allen disparó su puño al encuentro del rostro de su oponente. La esposa del juez, que presenciaba la escena desde la puerta, lanzó un grito que fue coreado por Dodó al ver cómo Peter esquivaba aquel impacto y a su vez golpeaba duramente el mentón del tejano.

Éste saltó en el aire, sus ojos rodaron en las órbitas, y cayó sobre la alfombra, de espaldas, donde quedó sumido en una brumosa inconsciencia.

Kenan mordió las palabras.

—No era preciso hacerlo.

—¿Quién quiere explicarme lo que significa esto?

El policía mostró su placa y luego se situó frente a Dodó.

—Fue advertida claramente de que no debía abandonar la ciudad bajo ningún concepto. ¿Lo recuerda?

La palidez de sus mejillas revelaba su temor.

—Sí.

—Violó ese compromiso y ahora volverá a la celda de la que salió. Ya no habrá más trucos legales para sacarla a la calle.

Dodó abrió la boca, a punto de lanzar un grito, y se volvió hacia Peter en demanda de auxilio.

Pero el muchacho estaba demasiado enfurecido.

—No me mires, Dodó. Ése es tu campeón ahora, ¿no? —Y señaló, desdeñoso, al adormecido Allen—. Pídele consejo a él; ya

ves cómo te va a su lado.

Kenan la cogió del brazo y la sacó del despacho. Peter se pasó el dorso de la mano por la boca y se inclinó ante el juez.

—Siento lo ocurrido. A veces uno no puede dominarse. Mis respetos, señora.

Salió a la calle. El coche patrulla volvía la esquina en aquel instante llevándose a Dodó Evans con destino a la cárcel. Estaba rabioso. Era una lección para ella, pero las consecuencias las sufría también él. Encendió un cigarrillo con mano temblorosa y casi al instante lo arrojó al suelo para pisotearlo furiosamente.

—El teniente estropeó la ceremonia, ¿verdad?

Peter se volvió en redondo, sorprendido por la voz surgida de entre las sombras de un portal próximo.

—¿Tú aquí?

Era Edwin Forrest, el periodista.

—¿La ha detenido otra vez?

No hacía falta que pronunciara nombres. Forrest parecía en aquel momento un gato bien cebado, perezoso y maligno, que acechaba su presa sin demasiado afán, seguro de que no podía escapársele.

—¿Qué haces aquí?

—¿Olvidas que mi oficio es enterarme de las vidas ajenas para escribir acerca de ellas?

—¿Cómo supiste que se casaban?

—No voy a decírtelo. Si los periodistas revelásemos nuestras fuentes éstas se secarían. Me informan sólo porque saben que no les delataré.

Estaban cerca de la pared y por eso Nelson Allen no los vio cuando abandonó la casa del juez. El millonario tejano cruzó la acera y se metió en su coche con movimientos que revelaban su cólera. El portazo resonó violentamente en la noche y un segundo después el vehículo se despegaba de la acera con sonora protesta.

—Un galán contrariado —gruñó Forrest—. ¿Llegaron a casarse?

—No.

—Lástima. La noticia hubiera sido sensacional: «Dodó Evans se casa con un millonario tejano y pasa la noche de bodas en la cárcel». ¿Te lo imaginas?

—Es de un gusto deplorable.

—Pero noticias como esa ayudan a vender: es el único mérito que se reconoce hoy en el periodismo. No importa mentir: para ser exactos, el arte del periodismo consiste en hacer que parezcan auténticas las mayores mentiras.

—No me acostumbro a ese cinismo de vida, Forrest.

—Pobre de ti. En cambio los demás lo practican habitualmente. Mira, por ejemplo, al galán que acaba de marcharse. Es de los que saben gastarse el dinero para que le tratemos bien los periodistas.

—¿A qué te refieres?

—El mundo de los negocios es tan sucio como el del espectáculo o más. El dinero no existe más que en pequeñas cantidades. Es una mentira como tantas otras que hemos inventado los hombres. Las grandes fortunas son sólo números. Los negocios no se fundamentan sobre una base monetaria sino sobre el simple crédito. Pero ¿quién tiene crédito? Únicamente los millonarios… o los que parecen serlo. De ahí la importancia de una buena fama de potentado.

Forrest había encendido un cigarrillo y lanzaba bocanadas al aire, burlonamente.

—¿Estás intentando decirme algo, Edwin? El periodista rió cínicamente.

—Deberías haberlo adivinado.

—¿Insinúas que Allen no tiene tanto dinero como aparenta?

—Si yo fuera una mujer que buscara en el marido sólo dinero, me aseguraría antes del montante de su cuenta corriente. Mi coche está ahí detrás, Peter. ¿Puedo llevarte a algún sitio?

* * *

El zumbador de la puerta sonó insistentemente como si alguien hubiera pegado el dedo en él y no pudiera despegarlo. Peter abrió los ojos, maldijo sonoramente, dio una vuelta en la cama, todavía dormido, y al fin saltó sobre la alfombra.

En pijama llegó a la puerta y la abrió.

Era Kenan y tenía el dedo pegado al timbre, pero por propia voluntad. Al verle, el policía dejó de llamar y apretó los labios con fuerza. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos, prueba de que no había dormido en toda la noche.

—Acompáñeme, Brandon.

—¿Qué ocurre ahora, teniente? ¿No puede dejarme dormir?

—El sol salió hace rato y yo aún no fui a casa. Vístase.

Entró y cerró la puerta. Peter fue a protestar, pero advirtió en la expresión del policía una cólera apenas contenida.

En el cuarto de baño se despejó, y quince minutos después estaba en el *living*, completamente vestido. Un grato aroma de café le puso en movimiento los jugos gástricos y estuvo a punto de bendecir al policía al ver las dos tazas de café sobre una mesita de mármol y la humeante cafetera junto a ellas.

El teniente continuaba con expresión hosca, pero el café recién hecho lograba humanizarle.

—En el fondo es usted una buena persona, teniente.

Eso pareció a punto de romper las hostilidades, pero la tentación del café debió ser más fuerte y el policía sirvió la negra y cargada infusión.

Ya en el coche patrulla, Peter se atrevió a preguntar:

—¿De qué se trata?

Pero no obtuvo respuesta. No se dirigieron, sin embargo, a la Comisaría, sino que seguían camino opuesto, hacia el sur, fuera de Los Ángeles. A Peter tanto misterio empezaba a inquietarle, pero no se atrevía a insistir en un interrogatorio para el que el policía no se mostraba propicio.

Salieron de la gran ciudad y tomaron la carretera de la costa. El sol matinal bañaba de oro las suaves playas, y en algunos puntos los bañistas empezaban a gozar del placer de la natación. Blancas casitas salpicaban la costa, poniendo una nota de color y encanto a los pacíficos rincones. El Océano lamía blandamente la arena, haciendo honor a su calmoso nombre, sin mostrar ninguna de las facetas de su, en ocasiones, violento carácter.

Se detuvieron al fin en una urbanización de reciente factura compuesta por chalets de excelente gusto. El primero de la serie de blancas edificaciones estaba sin terminar, pero había un policía ante la puerta, en actitud vigilante. El coche se detuvo allí y Kenan descendió. Peter fue tras él y entraron en la casa.

El teniente levantó la persiana de la ventana y el sol entró dentro de la pieza que presentaba todavía las huellas de los albañiles. En el centro, en el suelo, había un bulto cubierto por una lona.

Kenan la alzó.

Brandon retrocedió, impresionado. Su garganta quedó reseca y la saliva se negó a brotar en la medida necesaria para restablecer el equilibrio.

No esperaba encontrarla allí, muerta.

Lyda Powers había tropezado con el asesino. Había sido lo suficientemente estúpida como para ir a su encuentro con la pretensión de hacerle chantaje. El asesino había silenciado su boca, pero no con billetes.

Se pasó la mano por la frente y luego miró al policía.

—¿Era precisa esta dramática exhibición?

—En cierto modo, es usted el culpable —la lona cayó para cubrir a la muchacha—. Se lo dije anoche. Ella no estaría aquí si yo hubiera podido interrogarla antes que usted.

Peter bajó la cabeza.

—Tiene razón.

Estaban solos, en la soleada habitación que a causa de la forma humana enmascarada bajo la lona adquiría un aire tétrico.

—No le hice venir aquí solo para vengarme, Brandon —dijo el policía, más suave—. Necesitaba que usted la reconociera y, además, que comprobara si iba con esta ropa cuando usted la vio por última vez.

Peter miró de nuevo el cadáver de Lyda.

—Es ella, no cabe duda; y en cuanto a su ropa, también. Los mismos pantalones e idéntica blusa: un atuendo demasiado mundano para verla muerta ahora.

—¿Y los zapatos?

La pregunta le sorprendió.

—Verá… —Volvió a mirarlos—. No me cabe la menor duda, usaba unos descansos y ahora lleva zapatos bajo de piel… muy deportivos.

Kenan pareció complacido.

—Gracias, eso es todo.

Equivalía a una despedida, pero Brandon tenía demasiada curiosidad por satisfacer.

—¿Dónde la encontraron?

—En la playa —tardó en responder como si se preguntara a sí mismo sobre la conveniencia de informarle, pero acabó por ceder—:

Tiene las ropas con humedad, cosa lógica dado el estado de la playa…, pero los zapatos están asombrosamente secos. Curioso, ¿no?

Peter se inclinó y los miró. Era cierto. Las suelas estaban secas, sin huellas de arena húmeda. Era evidente que Lyda no había pisado la empapada playa, pero, en cambio, el pantalón lila y la blusa de encajes tenían adherida la arena mojada que habían recogido en su contacto con el suelo.

—¿Piensa que no la mataron aquí?

—Exactamente. La trajeron a este lugar y la arrojaron a la playa. Pero olvidaron el detalle de los zapatos.

—¿Quién la asesinó?

—Por la herida, creo que la misma persona que mató a Purcell.

—Y Dodó está detenida —recordó. Kenan se pasó la mano por el rostro.

—No es preciso que me lo recuerde: lo sé muy bien. En cuanto tenga el informe del forense acerca de la hora del crimen y el estudio del Departamento de Balística, la pondré en libertad nuevamente.

Salieron al sol de la mañana. Los agentes vigilaban los alrededores, pero aquella precaución era inútil, porque nadie parecía haberse percatado del inusitado movimiento de policías.

Una ambulancia había llegado entretanto, y Kenan hizo una seña a los camilleros para que se llevaran el cadáver. Peter sacudió la cabeza, pensativo.

—¡Si ella hubiese confiado en mí…!

—Yo la habría obligado a hablar.

—Quizá no. Era muy testaruda y parecía movida por idéntica inclinación al chantaje de Dick Purcell.

—¿Sabe algo más que no me haya contado?

Los camilleros se llevaban el cadáver de Lyda. Aún vio Peter los pies calzados con los zapatos de corte deportivo que calzaba la pelirroja aspirante a estrella.

—No.

—Dalton le confió que Purcell tenía ascendiente sobre el productor John Herford, ¿verdad?

—¿Piensa en él como asesino?

—Alguien tuvo que hacerlo, y según Dalton, Herford pudo ser

víctima del chantaje de Purcell por sus relaciones con Sheila Strauss.

Peter encendió un cigarrillo.

—Todo eso ocurrió hace años. Un poco tarde para tomar una determinación como ésa, ¿verdad?

Kenan arrugó la frente, alcanzado por un razonamiento que parecía desentonar en el nuevo orden de cosas.

—En algún sitio próximo tiene que estar la verdad. Si sabe algo más dígamelo, Brandon.

—Se lo prometo. Usted se ha portado bien con nosotros. El policía señaló el coche.

—Vámonos.

Pero el muchacho miró a las próximas casas y negó lentamente.

—Creo que voy a quedarme.

—¿Qué se le ha ocurrido?

—Me gusta el mar, y ya que estoy aquí… tomaré un baño.

Kenan volvió a arrugar el entrecejo, pero tenía que admitir aquella explicación. Subió al coche, cerró la portezuela con fuerza y se asomó a la ventanilla.

—Recuerde el avise que le di; no haga el papel de detective aficionado.

Luego el coche arrancó, dejando tras sí una estela de polvo.

CAPÍTULO X

Lyda había ido hasta allí por algún motivo. Peter no acababa de creer que el asesino la hubiera matado en Los Ángeles y luego la hubiera arrojado a la playa, tan lejos, sólo por el deseo de enmascarar mejor su delito. Por el contrario, pensaba que había una causa que justificaba el hallazgo de la hermosa pelirroja tan lejos de sus habituales lugares. Paseando sobre la arena húmeda, trató de imponer un orden lógico a sus pensamientos. Lyda había huido de su apartamiento porque supuso que él, Peter, la vigilaba. Previamente debió llamar al asesino al que pensaba hacer víctima de un chantaje para cancelar la cita en su casa y convendrían otro lugar para entrevistarse.

¿Quizá aquella colonia de casitas de reciente construcción? Si era así habría algún motivo, porque no constituía todavía un conocido lugar de referencia. Peter se dijo que el asesino podría residir muy cerca.

Se detuvo y encendió un cigarrillo. Sus ojos, entrecerrados para protegerlos de las reverberaciones del sol, escrutaban atentamente los chalets alineados sobre la dorada playa, blancos e impecables como ropa recién lavada, puesta a secar al sol. El asesino podía vivir allí y Lyda pudo visitarle en su domicilio. Claro, que había un detalle que se enfrentaba con aquella posibilidad: los zapatos de Lyda. Estaban limpios e impecables sin señal de arena ni humedad. ¿Tendría razón, a fin de cuentas, el teniente Kenan, y Lyda fue asesinada en la ciudad y luego trasladada hasta allí por el coche del asesino?

Continuó paseando. Si él fuera policía iniciaría una investigación para averiguar qué posibles relaciones había entre Lyda y los propietarios de aquellas lujosas villas. Sería la única forma de

comprobar si ella murió realmente en la ciudad o en la playa.

Pensaba que el detalle de los zapatos no era concluyente ya que podía habérselos cambiado en cualquiera de aquellas casitas, antes de ir hacia la muerte.

Aquella idea le reanimó. Avivó el paso y recorrió la colonia en toda su extensión, buscando algún lugar público donde pudieran informarle acerca de la identidad de los propietarios de las villas.

Tuvo suerte; mucha suerte. Casi al final vio al cartero que introducía correspondencia en los buzones de las casas. Peter se reunió con él y entabló hábil conversación, suavizada por unos billetes deslizados en la morena mano del funcionario.

—Hay algo en lo que usted puede ayudarme decisivamente —sonrió Peter—. Estoy haciendo una encuesta y para ello preciso la identidad de las personas que viven en esta colonia. Podría obtener idénticos resultados preguntando en cada uno de los chalets, pero es demasiado molesto…

—Si sólo es eso, no me resulta difícil ayudarle, señor —accedió el cartero, guardándose los billetes.

Y sacó una lista mecanografiada en la que figuraban los nombres de los propietarios de las casas y los de las personas que convivían con él.

Sintiendo la creciente impresión de que estaba sobre algo importante, encontró tres nombres que le hicieron ponerse tenso, como el sabueso al hallazgo del rastro que buscaba.

Allí estaban los nombres de Leo Dalton, John Herford y Sheila Strauss.

Tres personajes que desde el primer momento habían estado ligados a la vida de Dick Purcell.

Devolvió la lista al cartero y añadió otros billetes en premio.

—Gracias, señor —sonrió el funcionario, obsequiosamente. —Si en algo más puedo ayudarle…

—Gracias, es suficiente.

Le vio alejarse cumpliendo con su deber, pero su imaginación trataba de coordinar la presencia de Lyda en la playa con la proximidad de Leo Dalton, John Herford y la curvilínea S. S.

Una cosa le constaba: las buenas relaciones existentes entre Lyda y Dalton. Peter no dudó más y se encaminó a la villa del galán de cine, seguro de encontrar allí el rastro de la hermosa pelirroja.

Tenía una excelente apariencia y había sido construida con arreglo a un canon llamativo y excesivamente chillón. Peter empujó la puerta cancela y entró en el recinto de la villa. Detrás de ésta existía un jardín y Peter creyó ver a alguien allí.

Rodeó la casa y miró a la sucesión de parterres y macizos de flores de vida precaria, dada la naturaleza del suelo, a pesar de que los constructores de la casa habían sustituido la arena por tierra cultivable.

Allí estaba Leo Dalton, inclinado sobre el suelo, introduciendo algo en un hoyo que había cavado junto a un rosal.

Los movimientos del actor eran nerviosos. Sus manos ávidas empezaron a rellenar el agujero. Peter avanzó hacia allí y sus zapatos debieron hacer crujir la tierra porque el actor se volvió en redondo, sudoroso el rostro, como animal acosado por su cazador.

La mirada intercambiada significó muchas cosas sin palabras. En la expresión de Dalton encontró Peter temor y ansiedad.

—¿Qué es lo que esconde, Dalton? ¿Algún tesoro?

El actor se incorporó y empezó a sacudirse las manos.

—Estaba… cuidando los rosales. Entierro abonos compuestos, y…

—Es curioso. ¿Ya se ha enterado?

—¿De qué?

—Lyda, su amiga.

—¿Qué ocurre con ella?

—Estuvo anoche aquí, ¿verdad? El rostro de Dalton se atirantó.

—No. ¿Por qué se le ocurre esa idea?

—Anoche estuvieron juntos. Yo los vi.

—Nos separamos luego. Ella fue a su apartamento.

—¿Y no se vieron luego? Parecía sólo el principio de una aventura.

—¿Qué es lo que busca aquí? —Había perdido su inquietud y ahora se mostraba agresivo—. No le permití la entrada y ésta es mi casa.

—De acuerdo, Dalton. Responderé por partes a su pregunta. Busco lo mismo que la policía.

—¿Policía?

—Al asesino de Lyda.

En el rostro de Dalton hubo algo que quiso ser sorpresa y horror.

Pero estaba mal fingido.

—¿Lyda muerta? ¿Qué broma de mal gusto es ésa?

—Es usted muy mal actor, Dalton. Ahora comprendo por qué los productores no siempre se acuerdan de usted para sus películas.

Vio cómo el actor apretaba los puños y hacía verdaderos esfuerzos por contenerse.

—Si no se marcha inmediatamente…

Peter avanzó hasta llegar al rosal. Miró el hoyo sin cubrir y preguntó muy suave:

—¿Qué esconde ahí?

Se inclinó para explorar el agujero, pero Dalton le golpeó duramente en la mejilla. Peter cayó hacia atrás y vio cómo el actor se le echaba encima, con una violencia dictada por el terror. Rodó por el suelo, esquivó la acometida del galán y se incorporó.

Pero Dalton estaba demasiado furioso y repitió la carga. Esta vez Peter no estaba descuidado. Aguantó la acometida de su rival y alargó la diestra súbitamente. El puño tropezó con la barbilla del actor y éste saltó en el aire. Peter repitió la dosis, pero Dalton se lanzó sobre él, con la cabeza gacha, como un toro. El zurdazo de Brandon lo arrojó al suelo, sangrando por la boca. De pie ante él, Peter le advirtió:

—No insista, Dalton, o le estropearé el físico.

Se inclinó y rebuscó en el agujero junto al rosal. Encontró un paquete muy bien liado. Deshizo los nudos, separó el papel de envolver y aparecieron los descansos de Lyda que él le había visto la noche anterior en su apartamiento.

—Al teniente Kenan le gustará ver esto, Dalton.

El actor se había puesto en pie y con un pañuelo se restañaba la sangre. Tenía una expresión huidiza en sus ojos ordinariamente duros.

—Yo no la he matado.

Peter miró el breve calzado femenino. Estaba húmedo y presentaba señales de arena. Lyda había pisado la playa y se había mojado los pies.

—¿Por qué le cambió de calzado? ¿Quería aparentar que la habían matado lejos de aquí y que la trajeron en coche hasta la misma playa?

—¡Le he dicho que no la maté!

—¿Y cómo explica esto?

Dalton miró a su alrededor, asustado.

—Puedo explicárselo todo. Tiene que creerme, por favor…

Ya no se mostraba agresivo. Estaba realmente asustado y debía tener motivos para ello.

—Entremos en casa y… charlemos. ¡Verá cómo puedo justificarme!

Siguió al actor al interior de la villa y dejó que se repusiera. Le llevó un *whisky* y él tomó otro, febrilmente.

—Lyda estuvo anoche aquí, sí.

—Continúe.

—Dijo que tenía que entrevistarse con una persona a fin de realizar un negocio.

—¿De qué clase?

—No lo dijo. Ella era muy autoritaria y reservada. Uno tenía que tomarla como era.

—¿Qué ocurrió?

—Vino en un taxi, cruzó la playa y se mojó los descansos. Aquí tenía algo de ropa… de cuando estuvo en otras ocasiones, y se cambió de calzado. Me dijo que había salido muy precipitadamente de su apartamiento porque alguien la vigilaba…

—Era yo. ¿Qué hizo después?

—Se miró la hora y cuando comprobó que era el momento de la cita salió por la puerta posterior, a través del jardín, hacia la carretera.

—¿Y luego?

—Ya no volví a verla.

—¿No oyó nada?

—No.

—¿Ni sospechó qué clase de entrevista era ésa?

—Ya le he dicho que nunca decía más que lo que le interesaba.

—¿Qué dirección tomó?

Dalton se asomó a la ventana del jardín y miró a la derecha.

—Hacia la casa de Herford. Peter arqueó las cejas.

—¿Herford? ¿La vio entrar allí?

—No he dicho eso. Tomó esa dirección. No sé nada más.

—¿Por qué enterró el calzado?

—Me acabo de enterar de que Lyda había desaparecido…

muerta, y temía que la policía practicara registros.

—¿Sabe que ésa es una historia poco convincente?

—¿Qué puedo hacer por remediarlo? Le digo cuanto sé.

—¿Qué le unía a Lyda?

—Éramos amigos.

—¿Alguna vez trató ella de hacerle chantaje?

—No tenía motivos.

—¿Y Purcell?

—¿A qué viene eso ahora? No hay nada que yo deba ocultar. Y si usted quiere complicarme en la muerte de Lyda o de Purcell…

Peter envolvió los descansos de Lyda.

—Me llevaré esto, Dalton, y comprobaré su declaración. Ojalá que haya dicho la verdad, porque Dodó va a ser puesta en libertad al comprobarse que ella no pudo matar anoche a Lyda porque estaba detenida. Se supone que Lyda fue asesinada por la misma arma y la misma persona que mató a Purcell. Quien cargue con un crimen tendrá que responder a la acusación de los dos. Aún está a tiempo, si quiere decirme algo.

Dalton bebió el *whisky* de un trago y apretó los labios. Peter comprendió que no obtendría nada más y salió de la villa. Cruzó el jardín y llegó a la carretera. Ya sabía el motivo por el que los zapatos de Lyda no tenían humedad ni arena. Ella salió de la casa de Dalton por la parte posterior pisando siempre terreno seco. La mataron en algún lugar próximo y luego la llevaron en volandas hasta la playa donde quedó abandonada. En ningún momento pisó: la playa, pues en ese corto trayecto fue asesinada.

Miró hacia atrás. Dalton podía no haberle dicho la verdad y si Kenan se apropiaba de los descansos de Lyda le faltaría tiempo para encarcelar al actor. Pero también estaba Herford, el productor sobre el cual Purcell parecía tener cierto ascendente. Entre ambas casas ella había muerto y su asesino tenía que estar muy cerca.

El chalet de Herford poseía una piscina en la parte de atrás donde alguien chapoteaba alegremente. Peter trató de entrar, pero la puerta del jardín estaba cerrada. Tuvo que tirar de la anilla que accionaba una campanilla y aguardaba a que alguien acudiera a su llamada.

Fue el propio John Herford. Al verle se le avinagró el rostro.

—¡Ya le dije que no quería volver a verle!

—Han cambiado algo las cosas. Herford. Está a punto de demostrarse la inocencia de Dodó.

—¿Y qué? Ustedes han acabado para mí. No soy hombre que vuelva de sus decisiones.

—No vengo mendigando un contrato, Herford. Es algo más… grave.

—No me moleste. Márchese.

—Aquí pueden oírnos demasiadas personas y no creo que a usted le interese que se divulgue lo que voy a decirle. Se trata de Lyda.

—¿De quién me habla?

—También de Dick Purcell y de los motivos por los cuales usted estaba a su merced. Ambos han sido asesinados, ¿sabe?

El magnate del cine parpadeó, rojo el semblante.

—¿Otra vez trata de formularme acusaciones?

—Aunque no lo crea, pretendo hacerle un favor. Usted nos ha dado dinero a ganar.

—No creo en las buenas intenciones de nadie, así que… Peter se apoyó en la cancela.

—Hay acusaciones peligrosas contra usted, Herford. Dentro de muy poco tendrá la casa llena de policías y, lo que es peor, de periodistas. He venido para prevenirle.

La noticia semejó un golpe en pleno rostro del productor.

Temblándole la mano, abrió la puerta y permitió que Peter entrara en el jardín. Herford, tostado por el sol, había perdido bastante color y sus ojos vagaban inquietamente.

No habló hasta que estuvieron en el *living* del chalet. Los mueblas, las alfombras y los cuadros pregonaban la solidez de la cuenta corriente de propietario. Herford miró todo aquello con ansiedad, como si temiera perderlo.

—¿Quiere explicarse mejor?

—Se lo diré con pocas palabras. Herford: Dick Purcell fue asesinado, eso ya lo sabe, pero no lo hizo Dodó. Antes de que ella llegase a la casa un hombre entró en ella: el asesino. Una amiga de Purcell, una aspirante a estrella llamada Lyda Powers, lo vio, y esa chica creyó que podía sacar beneficio de esa circunstancia. Anoche me dio a entender can su forma de comportarse que estaba a punto de hacer un chantaje al asesino, y esta mañana ha aparecido a muy

poca distancia de aquí, muerta por la misma mano que acabó con Purcell.

—¿Y por qué se me relaciona a mí con ese asunto?

—Purcell le hacía chantaje a usted, ¿me equivoco?

—¡No es cierto…!

—Hay quien lo asegura. Esa misma persona afirma que Lyda vino hacia este chalet. ¿Lo niega también, Herford?

—¡Yo no conozco a ninguna Lyda! ¡Dígame quién ha lanzado esos infundios contra mí!

¡Es un sucio complot…!

Chillaba y se congestionaba con su cólera. Parecía sincero, pero otros muchos criminales antes que él también lo parecieron.

Peter quería sacar partido de aquel furor.

—Lo afirma Leo Dalton.

Los dientes de Herford rechinaron.

—¡Ese cochino ladrón y estafador…!

—¿Acaso ha mentido?

—¡Toda su miserable vida ha estado engañando a la gente! Yo le diré qué clase de tipo es Dalton: Trabajaba en un Banco del Este antes de convertirse en actor. Era el protegido de algún personaje… o de su mujer: toda la vida ha vivido igual. Estafó en aquel Banco, ¿no lo sabía usted? —Temblaba como si fuera a darle un ataque—. ¡Estafó una fuerte suma y cambió las partidas de algunos libros, pero fue descubierto y expulsado! La policía no intervino porque el protector de Dalton supo echar tierra al asunto, pero un delito como ése siempre puede salir a la luz y conducir a ese miserable a la cárcel. ¡Y es lo que voy a hacer! Bastará con que hable con un periodista para que Leo Dalton vaya a donde le corresponde. ¡El muy perro…!

Aquellas palabras eran extraordinariamente reveladoras. Peter sonrió en su interior, satisfecho por lo que estaba averiguando.

—Eso son infundios. Herford. ¿Cómo sabe usted el pasado de Dalton? Si formula falsas acusaciones contra él puede costarle un disgusto.

—¡Purcell me lo dijo y por eso lo expulsé! ¡Y me dio pruebas, además! Tengo el informé de una agencia de detectives en el que se especifica el historial de ese individuo, nombre del Banco y cantidad que estafó… ¡Lo va a sentir!

—Cálmese, Herford. Con eso no conseguirá nada, salvo complicarse usted mismo. Dalton asegura que Purcell le hacía chantaje por su intimidad con Sheila Strauss. Porque usted está casado, ¿verdad, Herford?

Una voz cantarina, como hecha de cristal, llegó desde la puerta:

—Todo el mundo ha estado casado una u otra vez en su vida…

Peter se volvió para detallar la figura arrebatadora de la célebre S.
S. Realmente,
su cuerpo calcaba la silueta de sus iniciales, y ella estaba satisfecha de esa circunstancia. Sheila era violenta y agresiva como un felino, engañadoramente dulce y mansa también. En aquel momento sonreía y se mostraba en escorzo, recortada contra el sol exterior, dentro de la breve tela de su bikini.

Herford gruñó:

—Déjanos solos, querida, por favor. Ella pareció no escuchar.

—Tenía ganas de conocer a Peter Brandon. ¿No me lo presentas, John? Es usted más apuesto al natural que en fotografías —añadió dirigiéndose al muchacho con la mano extendida.

Peter la estrechó. En los ojos oscuros de la estrella había una expresión burlona y candente, típica de sus películas y que los espectadores admiraban hasta el embobamiento.

El productor se sirvió *whisky* y con el vaso en la mano acudió junto a la pareja.

—Gracias por todo, Brandon. Con lo que sé obraré en consecuencia.

—Aún no me lo dijo todo.

—Le doy mi palabra de que no vino esa mujer a esta casa. No la he visto nunca y tampoco fui a la casa de Purcell. ¿Es eso bastante?

—Hágale esa pregunta al teniente Kenan cuando le interrogue. Se dirigió a la puerta y la cruzó. Sheila ronroneó tras él:

—¿Cuándo volveremos a verle, Peter?

—Pronto, quizá.

Salió del jardín y se detuvo un instante, de espaldas a la villa. Las palabras de Herford habían sido ferozmente reveladoras. Purcell estaba enterado del pasado de Dalton, y conociendo al ayudante de dirección se podía asegurar sin lugar a dudas que había intentado extorsionar al actor. ¿Hasta dónde había cedido éste? Muy

posiblemente, hasta que ya no pudo soportar las continuas exigencias del chantajista y entonces decidió matarlo. Lyda le vio y el resultado era un nuevo cadáver en la mesa del forense.

Podía haber sido así, o podía haber interpretado aquel drama en lugar del actor el productor, John Herford. ¿Había dicho éste la verdad? Quizá una investigación en el movimiento bancario de los dos le daría la solución; unas salidas periódicas podrían señalar la existencia de un pago fijo que, posiblemente, no podrían justificar. Era aquél un trabajo para el detective Arthur Lewis.

En el Supermercado de la Colonia había un teléfono que utilizó para llamar a Arthur. Éste captó inmediatamente la idea y tomó las oportunas notas. Luego, Peter encargó:

—Investiga también la vida de Nelson Allen.

—¿Sospechas de él?

—Quiero eliminarlo de la vida de Dodó.

—¿Sigues amándola?

—No me gusta que sea juguete de ningún millonario. Ella no se merece un destino así. Está deslumbrada por una cuenta corriente, pero la felicidad no está junto a ese tejano. Creo que he cometido un error al no haber luchado por ella.

Lewis lanzó un suspiro:

—Temo que has considerado a Dodó excesivamente materialista. ¿Por qué no has pensado que ella esperaba una reacción por tu parte? Creo que era lo menos que merecía…

Peter asintió.

—Sospecho que tienes razón, pero quise jugar limpio y dejarla decidir.

—Pues si no llega a intervenir anoche el teniente Kenan, tendrías a Dodó casada con ese tejano.

Peter lanzó una maldición.

—No me gusta esa idea. Trabaja en el asunto, Arthur.

—Tendrás noticias pronto.

Colgó y salió del establecimiento. Las palabras de Lewis le habían estropeado el humor.

Lo que le había dicho era cierto. Dodó había esperado una reacción por su parte, ante el anuncio del inminente matrimonio, y al no llegar, pensó que era indiferencia lo que tan sólo constituía una manera de jugar limpio hasta el final.

Apretó los puños y maldijo a los millonarios que creían poder comprarlo todo, hasta a la más hermosa de las estrellas. Y él, sólo él, Peter Brandon, tenía derecho a ella puesto que la había creado con su talento.

Sintió deseos de acudir al lado de Dodó y estrecharla entre sus brazos. Kenan estaba a punto de ponerla en libertad y él debería aguardarla a la salida para ofrecerle su siempre seguro brazo.

Pero antes debía completar la investigación allí.

Siguió adelante hasta encontrar el chalet de Sheila. Como había supuesto, estaba vacío, pero no cerrado. Deambuló por el jardín en espera de la estrella. Era la última del cuarteto que había pululado en torno a Dick Purcell últimamente y quizá podía informarle de algo. Al menos, había sido prometedora durante la entrevista con Herford.

Sheila no tardó. Ella le vio al instante y sonrió largamente, como si aguardara verlo allí. Sobre el bikini se había echado un albornoz corto color verde que entonaba maravillosamente con la piel tostada.

—Sabía que lo encontraría aquí.

Entraron. Ella se despojó del albornoz y buscó vasos y licores.

—¿De qué hablaban John y usted?

—Suponía que lo habría escuchado todo —sonrió por encima del vaso—. ¿Precisa alguna aclaración?

—¿Qué mujer era ésa de que hablaban?

—No debe sentirse celosa. Ella está muerta, pero aún así… —Correspondió a la incitante sonrisa femenina—, usted tiene más categoría.

Sheila acortó distancias y le dejó abandonados los labios a unos milímetros. Peter sólo tuvo que inclinarse un poco más. Eran cálidos, jugosos y firmes. Había aprendido a besar en lugares especializados y aquella técnica sólo podía surgir en Hollywood.

—Despediré a mi agente —parpadeó ella, abanicándole con las pestañas—. Según la prensa, Dodó no podrá ocuparse del cine durante mucho tiempo y usted no merece estar cesante.

—En la edición de la tarde verá la noticia de que Dodó ha sido puesta en libertad con toda clase de excusas.

Sheila bajó los ojos y se distanció, aparentemente apagada su expresividad.

—¿Qué es lo que busca exactamente, Brandon?

—A un asesino.

—¿De esa chica? ¿Lyda se llama?

—Lyda Powers.

—Nunca oí hablar de ella.

—Aún no había alcanzado el estrellato, pero quizá sí la conoció.

—¿Duda de mí?

—Herford tampoco admite haber sido víctima del chantaje de Purcell, y sin embargo… Sheila se revolvió, colérica.

—¡Ese cochino Purcell! Si conoce a su asesino, dígamelo para pagarle el mejor abogado.

Peter arqueó las cejas asombrado ante la agresividad de la actriz.

—¿También usted?

—Ahora ya no importa que lo sepa. Me obligó a pagarle unas cartas que quería vender a una de esas revistas que publican sucias historias.

—¿Y Herford?

—También él pagó; en realidad, la productora pertenece a su mujer. Pero él no mató a Purcell —añadió con vehemencia—. Le falta valor para eso. Además, esa noche estuvimos juntos. Tiene una buena coartada.

Peter dejó el vaso sobre la repisa de la chimenea.

—¿Se han puesto de acuerdo ya? Piense que la policía tiene medios para comprobar esas declaraciones.

—Y yo para justificarlas.

En aquel momento eran dos enemigos que se vigilaban mutuamente. La primera escaramuza había servido como intento de granjearse su complicidad. Fracasada su maniobra seductora, Sheila ya no quería prolongar aquella entrevista.

—¿Recobró las cartas hace mucho tiempo?

—Sí; y pagué por ellas. No tenía, pues, motivos para matarle. Pero me alegro de que lo hayan hecho.

—¿Dónde estuvo usted anoche?

—Aquí.

—¿Sola?

—Sí.

—Luego, Herford no tiene coartada.

—Su ayuda de cámara, creo. Y ahora, márchese: no le invité a venir.

Peter sonrió y aquella mueca encolerizó a Sheila. Estaba furiosa por la torpeza cometida al confesar que ella y el productor carecían prácticamente de coartada para la noche anterior.

—Le estoy muy agradecido, Sheila. Recordaré su oferta para el caso de que me quede sin empleo.

Sheila, furiosa, le taladró con la mirada. Ya no era tentadora como una diosa pagana, sino vengadora y cruel como un ídolo.

CAPÍTULO XI

Peter cruzó las piernas y miró al teniente Kenan, situado al otro lado del escritorio.

—Eso es todo cuanto he podido averiguar, teniente. Al menos esas tres personas tenían motivos para asesinar a Purcell y, por lo tanto, a Lyda.

Arthur Lewis también estaba allí. Peter lo había encontrado aguardándole porque había supuesto que acudiría a recoger a Dodó.

Se frotó la barbilla, confuso.

—Un bonito escándalo. Los periódicos sensacionalistas tendrán grandes tiradas gracias a esta sucia historia de chantaje.

—Investigaré en eso, claro está —gruñó Kenan, no muy satisfecho de que Peter le hubiera adelantado en el hallazgo de pistas—, pero eso no constituye prueba alguna contra nadie.

—Es cierto, teniente. Bien es verdad que lo único que me interesa es la libertad de Dodó y la declaración oficial de que es inocente.

Kenan tiró del cajón central y sacó un oficio firmado y sellado.

—Aquí está lo que piden. Dodó es inocente, según el informe de Balística y el forense. Lyda Powers murió mientras Dodó estaba detenida, y su asesino utilizó la misma pistola que sirvió para acabar con Purcell.

—Gracias, teniente.

—Siento lo ocurrido —se incorporó—, pero las circunstancias me obligaron a actuar como lo hice.

Peter estrechó la mano del policía y salieron al pasillo.

—¿Tiene alguna idea acerca de la identidad del asesino, teniente?

—Trataré de atar cabos cuanto antes. —Kenan aceptó el

cigarrillo que le ofrecía Peter y continuó—: Hay una cosa cierta: el asesino ha perdido el control de sus nervios. Mató a Lyda porque era un testigo importante de su primer crimen, el de Purcell, y luego anda loco buscando algo.

—¿Cómo lo sabe, teniente?

—¿No se lo dije? Visitamos el apartamiento de Lyda Powers, pero el asesino se nos había adelantado. Lo encontramos destrozado.

—¿Quiere decir que lo asaltaron?

—Sí; y nadie le vio hacerlo. Lyda debía tener alguna prueba de la culpabilidad del asesino, algo que él conocía y que buscó desesperadamente en el apartamiento de la muchacha.

—¿Lo halló?

—No podemos saberlo. Pero si no ha tenido suerte podremos tenderle una trampa en la que no dejaría de caer. De todas formas lo intentaremos. Lo que sí puedo afirmar es que el motivo de los crímenes fue librarse de un chantaje. Una familia siniestra, en verdad.

—¿Familia? —Estaban detenidos en el pasillo. Peter arqueó las cejas—. Temo no entenderle, teniente.

—¿No sabía que Purcell y Lyda eran hermanastros? Brandon dejó escapar un chorro de aire silbante.

—Ahora comprendo por qué ella estaba en casa de Purcell la noche que le visité: no podía encontrar esa conexión.

—Supongo que nadie lo sabía. Eran hijos de la misma madre, pero de diferente padre. Lo comprobamos al confrontar las filiaciones de ambos. Pero dejémonos de charla. Dodó nos aguarda.

Peter señaló la salida.

—Prefiero esperarla fuera.

—Como guste.

Arthur Lewis se emparejó con Peter.

—Yo también aguardaré en la calle. Una vez más, gracias, teniente.

Salieron fuera de la comisaría. Peter comprendió por la expresión grave del detective que algo no iba bien.

—¿Qué has averiguado, Arthur?

—No creo que te guste. O, por el contrario, te agradará muchísimo. Los millones de Nelson Allen se han esfumado.

—¿Estás seguro?

—Tuvo mala suerte con unos pozos petrolíferos yendo a la deriva.

—Pero el crédito que tiene y su tren de vida…

—Está a punto de desmoronarse. He tenido informes ciertos de una agencia de Houston, especializada en asuntos financieros. Los Bancos le han dado un plazo de treinta días para que normalice su situación. Después de eso… será el fin para él. Y el mes se termina dentro de cinco días.

Peter se mordía los labios.

—Ahora empiezo a comprender…

—Lo mismo que yo, ¿no? —El detective apretó los labios, furioso—: El muy canalla pretendía apoderarse del dinero de Dodó para reponer sus finanzas: ésa era la razón por la que quería casarse tan pronto, a cualquier precio.

Brandon miró fijamente a su amigo.

—¿A cualquier precio?

—Peter, eso que piensas… —empezó Lewis, alarmado—. ¿Crees que llegaría a eliminar a Purcell, sólo porque estorbaba sus planes?

El agente de la actriz susurró:

—Hay tipos que no saben perder. Lewis le dio con el codo.

—Ahí está Dodó —señaló con la barbilla hacia la puerta de la comisaría—. ¿Vas a decírselo?

—No permitiré que se case con un tipo que pretenda explotarla.

—Está bien: te dejo el campo libre. Mientras, buscaré a Nelson Allen y le sacaré lo que sepa del asunto.

Peter le sujetó del brazo.

—Déjame ese trabajo para mí. Vete a mi apartamiento y aguárdanos allí.

Peter entró en su coche y lo puso en marcha, mientras Lewis se alejaba. Dodó, intimidada por verse en libertad después de los difíciles momentos pasados dentro de la comisaría, vacilaba en la misma puerta, sin saber qué camino tomar. No había visto a ninguno de los dos hombres y su mirada vagaba por la calle en busca de un taxi.

Luego echó a andar en vista de que carecía de un vehículo al alcance de su mano. Se la notaba cansada y los altos tacones de sus zapatos de ceremonia le impedían caminar con soltura. Ello

aumentaba el balanceo sugerente de sus caderas, atrayendo la atención de las personas con las que se cruzaba.

El coche de Peter siguió a la muchacha hasta llegar a la esquina. Allí, Brandon pegó el vehículo a la acera y abrió la portezuela.

—Dodó.

Su voz sobresaltó a la muchacha. Miró hacia allí y en sus ojos inquietos nació una expresión esperanzadora.

—Peter, ¿tú aquí?

Entró y prácticamente cayó sobre él. Sus gruesos labios le besaron tiernamente, con desconsuelo.

—Peter, oh, Peter, qué mal me he portado contigo, ¿verdad? —Volvió a besarle y le abrazó—. ¿Me perdonas? ¿Podrás olvidar alguna vez todas las tonterías que he cometido?

—Estoy aquí, ¿no? Eso responde a tus preguntas.

—Gracias; eres lo único seguro y leal que tengo, Peter… —Bajó los ojos—. Aquello pasó, me refiero a lo de Nelson… Los millones, creo que no dan la felicidad. Sólo tú has permanecido siempre a mi lado en los momentos difíciles. El teniente me ha dicho que gracias a tus pesquisas se ha podido encontrar alguna pista para descubrir al verdadero culpable. Y todo lo hiciste por mí, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿No tienes nada más que decirme? —Le cogió las manos y le obligó a pasarlas por su cintura—. Peter, ¿no me quieres nada?

—Sí.

—¿Por qué no me lo dices? ¡Necesito oírtelo de tus propios labios!

—Es algo que te dije siempre, pero eres tú quien debe elegir. Nunca te obligué a nada, Dodó. He querido que seas siempre libre para elegir tu propio camino: otra cosa hubiera sido abusar de mi posición de privilegio.

—Por esas cosas me pareces único, Peter.

—No quiero que sigas hablando, Dodó. Ahora podrías decir cosas que luego lamentarías, movida por el agradecimiento. Habrá mucho tiempo por delante.

—Mucho tiempo, pero mi decisión está tomada: Nelson Allen no será mi marido. Peter accionó el volante y sacó el coche del bordillo.

—Hoy es un día grande, nena. Iremos a casa y descorcharemos

una botella de champaña.

* * *

Desde la puerta del apartamiento, Edwin Forrest bromeó:

—¿No queda una copa para este pobre reportero? Peter descorchó otra botella.

—Pasa, Edwin. Lo estamos celebrando. El periodista estrechó la mano de Dodó.

—Felicidades.

La estrella tenía húmedos los ojos.

—Gracias. Hoy es un día maravilloso por muchos conceptos. Y miró a Peter. El periodista guiñó un ojo a éste.

—¿Triunfador por fin?

Fue la estrella quien informó:

—He terminado con Nelson. Sólo le interesaba mi dinero y yo he comprendido que no le quería lo suficiente.

Forrest bebió el champaña.

—¿Averiguaste algo de lo que te dije, Peter?

—Sí; lo hizo Lewis —y señaló al detective, que había tomado por su cuenta una botella—. Pero me abrieron los ojos tus palabras.

—Me habían asegurado que su situación económica no era tan boyante. Celebro haber sido útil en algo.

Peter se puso la chaqueta.

—¿Te vas? —preguntó Dodó.

—Tengo que entrevistarme con Allen.

—¡Oh! —Dodó le sujetó las solapas—. No quiero que os peleéis. No vale la pena…

—Es un asunto muy importante, Dodó. No puedo explicártelo. Regresaré tan pronto pueda.

Lewis le siguió hasta la puerta.

—¿De verdad no quieres que te acompañe?

—Resultará más fácil si voy solo. Cuida de Dodó.

—Y de la botella —sonrió el detective—. Suerte.

Peter saludó al periodista y bajó a la calle. En el coche se dirigió al hotel donde se alojaba Nelson Allen y subió directamente a su habitación.

Conversaba por teléfono cuando empujó la puerta que no había

cerrado con pestillo.

—... Todavía no he conseguido nada... Sí, ya sé cuál es la situación, pero es cosa de muy poco tiempo más. Si consigo lo que pretendo saldremos adelante. Todo es cuestión de recobrar el crédito y con esta aportación lo tendríamos de nuevo...

Peter carraspeó y Allen saltó al verle. Nerviosamente balbució:

—Ahora no puedo seguir hablando. Te llamaré por la noche. Adiós. Colgó y se revolvió hacia Peter, congestionado el rostro.

—¿Quién le permitió subir hasta aquí? Es intolerable...

Pero el muchacho sacudió la cabeza burlonamente y ocupó el mejor sillón de la estancia.

—No siga disimulando, Allen. Está al descubierto.

—¿De qué habla?

—Conocemos su situación exacta. Ha quebrado. No tiene siquiera lo suficiente para pagar la cuenta del hotel.

—¿De dónde ha sacado esa estupidez? Solamente mis pozos petrolíferos producen...

—Le han originado muchos quebraderos de cabeza y tantas deudas que ha llegado al límite, Allen. Su única esperanza era el matrimonio con Dodó. Consiguió embaucarla con el brillo del dinero que no tiene. La conversación que acabo de sorprenderle confirma lo que ya sospechaba: confiaba en que el dinero de Dodó le hubiera sacado del apuro.

—¡Yo no he pretendido jamás robar a Dodó!

—No he empleado esas palabras. Usted lo necesitaba para recobrar el crédito y, sin duda, lo hubiera conseguido. Es muy posible, incluso, que hubiera compensado a Dodó por sacarle del apuro... Al menos, eso quiero creer.

El tejano bajó la cabeza, avergonzado.

—Sí; tiene razón. Estoy en las últimas. Mi secretario me lo decía ahora mismo desde Houston. Pero yo pensé en la fortuna de Dodó únicamente en calidad de préstamo: pensaba devolverle hasta el último centavo y proporcionarle unas ganancias incluso.

—Lo siento. Nelson, ha perdido.

—Sí; ¿lo sabe Dodó?

—Tuve que decírselo.

—Es lógico: era la oportunidad que usted esperaba.

—Se equivoca. Obré con lealtad hasta el final. Se lo dije una vez

que ella hubo elegido. Se miraron a los ojos. Allen había perdido su aspecto orgulloso que le caracterizaba.

—Le creo. Leal hasta el fin. Yo la quería. Dodó merece cualquier amor, se lo aseguro. Ahora ya no hay remedio, pero creo que lamento más haberla perdido a ella que a su fortuna.

—Se lo diré también.

—No. ¿Para qué? Eso la haría pensar demasiado.

Peter ofreció un cigarrillo a Nelson Allen. La entrevista estaba adquiriendo caracteres extraños, casi sentimentales.

—Al final me ha sido usted simpático; sentiré que la policía se haga cargo de usted.

—¿La policía? —Allen ladeó la cabeza en el colmo del asombro —. ¿Qué pinta la policía en mi problema económico? No he cometido ningún delito.

—¿Y Purcell? ¿Y Lyda?

De pronto, Allen se echó a reír, casi con violencia.

—¿Es posible que piense una cosa semejante? ¿Cree que yo maté a Purcell para que me dejara el camino libre hacia Dodó? Es ingenuo pensarlo, Peter. De verdad.

No mentía. Había tristeza en sus ojos, la del hombre que ha visto fracasado su negocio, pero no la del que ha matado.

—Tengo coartada para aquella noche, Peter. No; no maté a Purcell. Era estúpido hacerlo para casarme con Dodó. No arreglaba nada y servía para complicar las cosas. Tuve mala suerte, eso es todo.

Peter se incorporó y tendió su mano a Nelson Allen.

—Le deseo que encuentre una solución satisfactoria a sus problemas.

—Gracias.

Se estrecharon las manos y Peter dejó tras sí a un Nelson Allen al que la adversidad había templado el ánimo.

De regreso a su apartamiento encontró que la animación había disminuido. Dodó estaba echada en un sillón y Lewis examinaba atentamente un trozo de papel junto al que había un sobre rasgado.

—¿Qué ocurre?

Miró el sobre. Llevaba su nombre y dirección, trazados por una mano femenina. Por el sello impreso dedujo que la había llevado un servicio de mensajerías que tenía buzones repartidos en diferentes

sectores de la ciudad.

—Trajeron esto para ti —explicó el detective—. Dodó vio que era letra femenina y…

—… Me sentí celosa, Peter —explicó la muchacha—. Quizá había bebido demasiado y de pronto me pareció que debía saber quién era esa mujer que te escribía.

—Bueno, supongo que no es nada grave. No te preocupes. ¿De quién es?

Lewis se la tendió. Peter miró la firma. Era de Lyda y el corazón le dio un vuelco, porque equivalía a un mensaje desde el Más Allá.

> «Peter: Si recibe esta carta quiere decir que he muerto y que usted tenía razón al decirme que el asesino me mataría. Significará que he jugado y he perdido. He metido este sobre en otro mayor con una carta dirigida a la “Compañía de Mensajes Exprés” con la orden de que si hoy a mediodía no la he retirado de sus oficinas la cursen a la dirección del apartamiento de usted. Vi cómo mataban a Dick. El hacía chantaje a su asesino por algo relativo a su pasado. Las pruebas las encontré en el chalet de Leo Dalton, en el cuarto ropero, detrás del armario. Allí las dejaré. Usted ha sido la única persona que me ha aconsejado bien. Quizá he debido hacerle caso, pero he padecido demasiadas miserias y quiero tener dinero alguna vez. Encárguese de que la policía haga justicia.
>
> »Adiós.
>
> *»Lyda*».

Peter tenía la boca seca después de leer aquella dramática misiva.

—No he querido llamar al teniente Kenan hasta que vinieras, Peter, a pesar de que Forrest me lo aconsejó. Me dijo que le llamáramos para comunicarle la noticia que hubiera: ha ido a preparar el reportaje con todo lo que sabe para llegar a tiempo de la edición vespertina.

CAPÍTULO XII

Con el calor de las dos de la tarde, la playa parecía desierta y no había un solo vecino de la colonia veraniega a la vista. Detuvieron el coche frente a la puerta cancela del chalet de Dalton y llamaron a su puerta.

Pero a pesar de que repitieron varias veces la llamada nadie acudió. Peter rodeó la casa y encontró sin pestillo la puerta de servicio. Lewis y Dodó entraron tras él en la villa del actor, un poco intimidados por el silencio reinante.

El representante de la actriz cruzó las habitaciones del servicio y salió al *living.*

—¡Dalton!

Su cuerpo estaba tendido, de bruces, sobre la gruesa alfombra. Estaba cubierto solo por el pantalón de baño y en su cabeza tenía una herida de la que había manado sangre.

Dodó lanzó un grito al verlo, y Peter pidió:

—Ocúpate de ella, Arthur.

Se inclinó sobre el actor y exhaló un suspiro de alivio al comprobar que no estaba muerto.

—No es nada; simplemente le golpearon. Traedme agua y *whisky*.

Unos minutos después, tras los cuidados de Peter, el galán de cine abrió los ojos y gimió:

—¿Qué ocurrió?

—Eso le preguntamos. Alguien debió golpearle.

—Oh, sí. Entraba de la playa, deslumbrado por el sol, cuando de pronto algo cayó sobre mi cabeza.

—¿No vio al que le golpeaba?

—No. ¿Me han robado?

Lewis regresaba de su inspección.

Ante la mirada interrogativa de Dalton. Peter explicó:

—Nada valioso para usted, pero sí para el asesino de Purcell y de Lyda.

—Pero ¿quién es el asesino? —Ululó Dalton paseando por el *living.*

—Lo sabremos muy pronto. Vamos, Arthur. Llama a un médico, Dalton, es conveniente que le miren esa herida.

Unos minutos después corrían por la carretera de regreso a Los Ángeles. El silencio que reinaba dentro del coche revelaba la tensión de sus ocupantes. Lewis mordía un cigarrillo mientras Dodó acariciaba el antebrazo de Peter, cuyas manos aferraban nerviosamente el volante.

—Vendrás conmigo ahora, Arthur. Creo que te necesitaré. Frenaron al fin y Peter se volvió hacia Dodó:

—Quédate aquí.

Subieron, y sin detenerse llegaron al despacho de Edwin Forrest. Peter empujó la puerta y cambió una mirada de inteligencia con Lewis para que se quedara fuera del alcance de visión del periodista.

—¿Has hecho el reportaje, Edwin?

El aludido se revolvió al escuchar la voz del muchacho. Estaba escribiendo a máquina y junto a él tenía la clásica cerveza.

—Todavía no. ¿Traes noticias?

—Sí; por favor, publícalas tal y como te las dicte: si lo haces capturaremos al asesino.

—Oh, qué bueno. Claro que sí.

Arrancó la hoja de papel de la máquina y metió otra.

—Empieza cuando gustes.

Peter se recostó en la esquina del escritorio.

—Lo sabes todo hasta el momento en que recibí la carta de Lyda.

—Sí. ¿Habéis encontrado esas pruebas?

—No; el asesino se nos adelantó y se llevó las pruebas que servían para que Purcell le hiciera chantaje.

—¡No es posible!

—Sí; pero no todo está perdido. Cometió el error de no matar a Leo Dalton y éste le vio. Según me ha dicho ha hablado con el

teniente Kenan, quien ha movilizado a sus hombres.

Las facciones de Forrest perdieron color.

—No es posible.

—Sí, Edwin. Él te reconoció.

El periodista tiró hacia atrás la silla y sacó una pistola. Peter la miró:

—Eres un imprudente conservándola, Edwin. Servirá para llevarte a la cámara de gas.

—La he guardado por si llegaba un momento como éste.

—Kenan está al llegar, Edwin.

—¡No me cogerá!

—Si me matas ahora todo el edificio se enterará y no podrás salir.

—Nos iremos juntos y me servirás de protección.

—¿Por qué mataste a Purcell?

—Lo sabes ya: me asfixiaba con sus continuas exigencias de dinero.

—¿Qué tenía contra ti?

—No tengo permiso de residencia en el país. Mi documentación es falsa y… en Canadá me reclaman por algo ocurrido allí.

—Lo siento, Edwin.

—Escucha esto, a la menor sospecha de traición te mataré. Ahora, con toda naturalidad, saldrás por esa puerta y juntos nos iremos.

—De acuerdo. Edwin. Me has engañado con tu afán de colaborar en el caso. Debías estar muy seguro…, pero esa misma confianza te ha perdido.

Forrest se puso la chaqueta y metió la pistola en el bolsillo, empuñándola todavía. Peter abrió la puerta y salió al pasillo. Lewis aguardaba allí, a un lado del quicio. Forrest salió a continuación y el detective se lanzó contra el asesino.

Forcejearon los dos. Peter se revolvió y golpeó la barbilla del periodista. La cabeza de éste saltó hacia atrás y rebotó contra la pared. La mano que empuñaba la pistola salió del bolsillo y Forrest se desplomó de espaldas, sumido en la inconsciencia.

Lewis se ajustó mejor la chaqueta y entró en el despacho del periodista. Un momento después preguntaba por el teléfono:

—¿El teniente Kenan?

EPÍLOGO

Peter entró en el coche y cerró la portezuela con cuidado. Lewis, desde la puerta del periódico ondeó la mano en saludo de despedida. Dodó miró interrogativamente a su agente:

—¿Llegasteis a tiempo?

—Al final, Forrest se equivocó. El crimen siempre pierde.

Sacó el coche del aparcamiento y sorteó el de patrulla estacionado a pocos metros del suyo. Dodó le enlazó del brazo y reposó su cabeza en el hombro masculino.

—Llévame a algún sitio donde olvide todo esto. Peter —pidió.

Rozó con los labios la frente femenina. Dodó era como una niña grande que necesitara protección.

—Emprenderemos un viaje largo.

—Antes perderemos el tiempo suficiente para hacer algo —dijo ella.

—¿El qué?

Aprovechó un semáforo en rojo para besarle en los labios.

—Hace unos días dejé a un juez de paz sin celebrar una ceremonia —recordó, mimosa.

—¿Estás decidida? Ella volvió a besarle.

—¿Qué crees que significa esto?

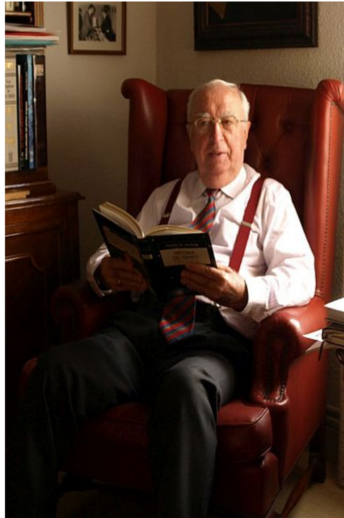
Un agente de tráfico se asomó por la ventanilla.

—¿No pueden encontrar un lugar mejor para sus efusiones, amigos? No me importa lo que hagan, pero han interrumpido el tráfico y eso les costará veinte dólares.

Peter lanzó una carcajada y volvió a enlazar a Dodó.

—Conforme, agente. Extienda la multa y avísenos cuando haya terminado. Los labios de la famosa estrella eran más jugosos que nunca.

FIN



Miguel María Astraín Bada, (1934, Zaragoza, España), es un escritor, crítico literario y guionista cinematográfico, autor de 236 novelas publicadas en España, Portugal y América y de cuatro guiones de producciones cinematográficas del subgénero Spaghetti western.

Ha sido uno de los tres autores más vendidos de Editorial Bruguera entre 1955 y 1979, casi siempre bajo los seudónimos de Mikky Roberts, Roberto de la Mata o M.
M. Astraín.

Periodista y técnico titulado en radiodifusión, publicidad, *marketing* y relaciones públicas, trabajó durante 42 años (1955 a 2003) para Radio Zaragoza (EAJ 101), desempeñando, entre otras, las funciones de Director de Programación, Comercial y Relaciones Públicas.